

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Soledad

I

En la quebrada de una sierra, pequeño, hendido, deforme, a modo de nido de hornero que el viento ha cubierto de secas y descoloridas pajas bravas, se veía un rancho miserable que a lo lejos podía confundirse también con una gran covacha de vizcachones o de zorros por lo chato y negruzco, mal orientado y contrahecho.

De techo de totoras ya trabajadas por eternas lluvias, y paredes embostadas en las que el tiempo había abierto hondas grietas, este rancho, a pesar de su edad, sin duda proveya, más era la vivienda de una hora de gaucho pobre y vagabundo que asilo sedentario de familia humilde y laboriosa.

Y a fe que bien debiera inferirse esto por el aspecto, a ojo de pájaro; porque en rigor aunque habitado, este refugio antes se asemejaba a tapera que a casa, perdida entre las toscas y reñas de los estribaderos y como colgante sobre la profunda cuenca de un arroyo que en el bajo corría en serpentina orillado de árboles espinosos.

En este nido de ave de monte y en ese calvario fecundo en rosetas erizadas y víboras de la cruz, moraba solo desde algún tiempo Pablo Luna; mozo de pocas relaciones en el pago, sin oficio conocido, y por lo mismo un tanto jnisterioso en su género de vida.

Solo como un hongo de esos que crecen en un estero de chilcas y abrojaes, Pablo Luna, según era fama, tenía sin embargo, una compañera a quien hacía hablar un idioma de armonías, conviniéndose en sus manos en fcorzal por la variedad y el timbre singular de los sonos que de lla arrancaba en las tardes silenciosas; y esa compañera era la «requintada» guitarra, «la mejor amiga de los tristes, cuyas mismas alegrías son siempre anuncios de algún pesar».

Cuando de él se hablaba en el pago, en los coloquios de la «yerra» o después de la pesada faena de la «trasquila», decíase que era un hombre más alto que mediano, delgado, con cintura de mujer, una barba corta y rala tirando a pelinegro, el rostro moreno un poco encendido, los ojos azules como piedra de pizarra, larga y en rulos la cabellera abierta al medio; cejas de alas de golondrina, la oreja tan chica como el reborde de un caracol rosado y las manos un poco largas y velludas.

Añadíase una seña particular: la de un párpado algo caído, lo que daba a sus ojos una expresión vaga y somnolienta.

Este mozo no debía tener más de veinticinco años, a juzgar por la pinta.

En los días festivos solía vérselo pasar de largo por las poblaciones, vestido de chiripá y botas nuevas, un sombrero de alas cortas negro y sin «barbijo», un ponchito terciado en el crucero, ceñida al tronco una camiseta de lanilla y a la cintura un «tirador» de piel de puma con botonadura de medias onzas españolas.

Llevaba la guitarra en la mano izquierda, apoyada por su base en el costado, a manera de tercerola; y una daga de mango de plata al dorso bajo el «tirador», al alcance de su diestra con sólo volver el antebrazo, cual objeto que nunca deja de acariciarse aunque sea por entretenimiento.

Gastaba muy largas y siempre limpias aunque de un color del ámbar por el uso del cigarro, las uñas del anular y del meñique, y ensartado en éste un anillo de plata sencillo, grueso como aro de cabestro.

Habíase observado que el cuidado especial del cabello, no impedía que una guedeja le cayese de continuo sobre la mejilla y le envelase el ojo, como «una guía de sus pensamientos»; aun cuando no faltara quien diese por causa del desgreño en esa forma, al párpado en semipliegue. Ese rulo bien podía servir de celaje gracioso al desperfecto.

Se conocía más a Pablo Luna por su afición a la guitarra que por los hechos ordinarios de la vida de campo. Había empezado él por calarse por el oído a favor de su habilidad para tañer y cantar, antes que por actos de valentía y de fuerza.

No por esto se crea que Luna se prodigaba o hiciese partícipes a los demás de sus gustos y deleites cuasi artísticos; muy al contrario, era tal vez un fiel remedo de ese pájaro cantor de nuestros bosques que alza sus ecos en lo más intrincado cuando otras aves guardan silencio y no interrumpen aleteos y rumores importunos el solemne paisaje de las soledades.

II

Con todo, en ocasiones diversas y a ciertas horas, al pasar por el valle junto a los estribos de la sierra, muchos eran los que habían sentido los acordes de una guitarra templada de tal manera que ora sus ecos parecían voces sonoras de una campana de vidrio fino con lengua de acero, ora silbos bajos y plañideros de calandria que se aduerme, o ya ruidosos acordes de prima y de bordona con acompañamiento de rancos golpes en la caja como en una serenata de brujas.

Otras veces, era un canto dulce y melancólico el que se oía; sonidos suaves y vibrantes de corcho que roza los rebordes de un cristal, como se afirma que son los de la avispa solitaria, la cantora de los bosques.

Estas misteriosas melodías, herían el silencio en las noches apacibles, cuando sólo estridulaban élitros en el fondo del valle y embalsamaba los bajos el nativo aroma del arrayán y el chirimoyo.

Bastaban estas notas de música escuchada a lo lejos, al cruzar por lo hondo del llano al romper el alba o al cerrar la noche, para que los que la gozaran deteniendo el paso a sus caballos llevaran en sus oídos una impresión grata y durable, que luego no acertaban ellos a definir sino con muestras de singular sorpresa y viva curiosidad.

El «gaucho-trova», como le llamaban al referirse a su persona, debía sin duda haberse criado pulsando instrumentos y aprendiendo en la espesura el modular de los pájaros, porque a veces seguía el ritmo con el canto o el silbido de modo que no se supiera distinguir entre los sonos y los ecos, si era guitarra o era flauta la que gemía, si era un hombre el que lanzaba trinos o era un «boyero» el que confundía sus armónicos concientos con el vibrar de las cuerdas.

A parte de esto, su cualidad sobresaliente entre las pocas que se le conocían o se le atribuían con razón o sin ella, comentábanse con frecuencia dos episodios — acaso los únicos en que Pablo Luna había figurado de paso, y por accidente, al regresar a su escondrijo tras algunos días de vida errante.

Narrábase así, el primero:

En una noche oscura se buscaba en el llano por gente que venía con hambre de muchas horas, una res de peso y gordura arriba que bascase al destacamento; y entre tinieblas como fantasmas, los jinetes iban y volvían al tanteo sin acertar con el vacuno, hasta que el «gaucho-trova» que enderezaba casualmente a su madriguera, conocedor del intento por su olfato fino y su vista de lechuza, avanzó al tranco por mitad del valle, hizo levantar una punta que dormía entre las hierbas, puso el oído al rumor de las reses y costaleando a una con palmada suave, gritó firme a un soldado:

— Corte el garrón a ésa, que no ha de apagar el fuego.

En seguida se perdió en las sombras.

Así que rayó la mañana mataron la res, y resultó la mejor.

En cuanto al segundo episodio, contábase de este modo:

El peonaje de la estancia traía una tarde acosado a un «matrero», quien ya rendido su caballo, se apeó junto al monte para guarecerse en la espesura; pero, con mala suerte, porque enredado en las malezas con las espuelas, vínose de boca quedando a merced de los perseguidores.

Hacía esfuerzos por desatarse aquellos grillos, teniendo tan cerca el escondite y con él la salvación; y ya el cuchillo de un mozo diestro para desnucarlo de a caballo de un solo tajo de revés iba a caer sobre su cuello, cuando apareciendo de súbito en el matorral cercano Pablo Luna sacudió en el aire por encima de la cabeza la guitarra que traía en la diestra, y gritó tan fuerte como un alarido:

— ¡Deje amigo que viva otro invierno, que el hombre no es menos que la lumbriz!

El mozo detuvo el brazo sorprendido, con el cuchillo en alto.

Las espuelas del «matrero» zafaron en tanto llevándose dos manojos de hierbas, y éste se escurrió por entre las breñas a modo de lagarto acosado por las avispas.

Al propio tiempo que él, el «gaucho-trova» desapareció.

III

Si bien retraído y arisco, solía vérselo a Pablo Luna en determinadas horas, del día o de la noche, junto al barranco de la Bruja, que se encontraba en las proximidades de la estancia llamada de Montiel.

En ese sitio casi selvático, echaba pie a tierra y se paseaba silbando un aire triste. Coincidiendo con su venida al pago había ocurrido en aquellos parajes un suceso dramático, en que el mozo se interesó luego que lo supo de una manera extraña y pertinaz.

Era esa lúgubre historia la siguiente:

A la estancia de don Manduca Pintos, situada de allí seis leguas, llegóse un día una mujer vieja pidiendo conchavo y la aceptaron para las tareas de cocina.

Era una pobre paisana de cerebro encallecido que en sus ratos de ocio hacía de «médica» administrando yerbas milagrosas, poniendo los trapitos a la luna o conjurando duendes benignos.

Decíase que curaba a los reumáticos haciéndoles «cambiar la pisada», o sea volver el pie sobre las huellas; y a los enfermos de la vista, no con yenda de lagarto, sino echándoles «derritas».

Servía también de veterinaria. A los animales yeguares que «se agusanaban», les volvía la salud atándoles una guasca de cuero fresco al pescuezo. A los que padecían de mal de oídos, tanto cuadrúpedos como bípedos, aplicábales el pellejo de la víbora.

Esta infeliz vieja de nombre Rudecinda, hablaba siempre de no haber tenido más que un solo hijo, el cual ya mozo, habíase visto en el caso de irse de su rancho acosado por la miseria y por las persecuciones injustas de la autoridad.

De ese hijo nunca supo desde el día de su fuga.

Era un mocetón un tanto mimoso, guitarrero, cantor, de buena alma, sin otro vicio que el de no tomarse mucha pena por el trabajo. Acaso había muerto.

Rudecinda la bruja, como la apellidaban, llevaba algunos meses de residencia en la estancia de Pintos; pero en cierta época sus manías llegaron a acentuarse y la despidieron al fin sin lástimas, como a ente dañino.

La vieja se alejó del que había sido su refugio, mísera, loca y errante.

Por algún tiempo vagó en las cercanías, alimentándose de raíces y despojos. Después, como le arrojasen los mastines para desalojarla de su guarida en los matorrales, Rudecinda se fué de allí.

A los pocos días hizo sentir su presencia en el campo de don Brígido Montiel, camarada de don Manduca.

Se albergaba en el monte, quién sabe en qué oscura madriguera en sociedad con las alimañas.

Durante las tardes nubladas o en las noches de luna, se le vió más de una vez atravesar el vallecito con un atado de restos o piltrafas; o salir del fondo del barranco con grandes puñados de yerbas y flores salvajes.

Al percibirla andrajosa, desgredada, con los ojos fuera de las órbitas, oprimiendo entre sus manos contra el pecho cosas misteriosas, los paisanos se alejaban mirando para atrás y diciendo entre medrosos y burlones: ¡cruz diablo!

Una tarde, don Manduca Pintos que venía al galope en dirección a las casas, la vio alzarse fatídica del barranco a modo de un espectro.

Ella hizo un gesto de máscara y le arrojó por delante un gran puñado de yerbas extrañas.

El caballo dió una espantada, y el jinete dijo colérico:

— ¡Afora mandinga!

La vieja lanzó una ronca carcajada y volvió a esconderse entre las breñas.

Algunos días después, al comenzar de una noche de luna, aquella pobre mujer envuelta a medias en sus harapos, lodosa, derrengada, sueltas las greñas y desnuda la planta, más que andando arrastrándose, se había puesto a disputar junto al barranco la carne de una oveja destrozada a una banda de perros cimarrones.

Se atrevió a golpearlos con los puños dando gritos espantosos. Entonces los perros enfurecidos en defensa de sus despojos la mordieron, la arrastraron triturándola con sus colmillos, saltaron sobre ella en tumulto e hiciéronla jirones precipitando al fin su cuerpo miserable al fondo del barranco.

Alguno que en los contornos vagaba, alcanzó a percibir los aullidos de la bruja confundidos con los de sus verdugos, y vino al rumor de la pelea.

El que avanzaba al trote, como venteando una presa, o guiado por el instinto de gaucho errante, era Pablo Luna.

Algunos perros continuaban su festín. Habían reducido casi a esqueleto la oveja; pero aun quedaban los cuartos que todos a una querían devorar formando estrecho círculo con sus hocicos ensangrentados. En sus ansias famélicas no prestaron atención al jinete.

El «gaucho-trova» que desde lejos venía observando atento el cuadro, dirigió una mirada súbitamente al barranco ante una sacudida brusca de su caballo; y

pudo ver sobre las breñas, casi colgante, el cuerpo de una mujer larga, escuálida, llena de guiñapos sobre la que derramaba la luna su blanca claridad.

Pablo no tuvo miedo, y desmontó veloz. Acercóse al sitio e inclinóse de modo que su rostro quedase casi rozando el de aquel cuerpo que yacía rígido con los ojos abiertos y el seno desgarrado.

Y contemplándolo estuvo algunos segundos. De pronto todo él se estremeció y sacudió como un junco, y de su garganta escapó un solloso intenso, indefinible, hondamente desolado.

Los cimarrones gruñeron. Dos de ellos se aproximaron al paraje a grandes saltos, aún no satisfechos al parecer con las terribles dentelladas con que cribaran el cuerpo de la bruja.

El profundo sollozo de Pablo los impulsó al ensañamiento. Era acaso un gemido del enemigo derribado en la lúgubre pelea.

El «gaucho-trova», que se había reincorporado desencajado y siniestro, dió un brinco enorme seguido de un grito gutural, y descargando su brazo con ímpetu rabioso partió a uno de los perros el corazón de una puñalada. Verdaderas fieras, los cimarrones cayeron sobre él como una avalancha.

Pero la daga terrible entraba y salía rápida en sus cuerpos que se desplomaban de lomos, entre estertores con el vichará enrollado al brazo izquierdo, Luna provocaba furibundo los hocicos, en tanto su diestra repartía golpes de muerte.

La lucha, sin embargo, fué de cortos instantes.

Lucha rabiosa, sin cuartel.

Los perros cimarrones optaron por la fuga y traspasaron a escape el barranco rompiendo las malezas, y dejando tendidos tres de la banda.

Pablo siempre ceñudo observó que dos de éstos se revolvían en el suelo, y abalanzándose implacable, sentóles por turno su bota de potro en la paleta, y fuéles degollando con infernal deleite.

Al ver soltar a chorros la sangre de los cuellos, caliente, humeante, empapando los pastos, sus manos y sus botas, pareció sentir un consuelo.

Limpió el acero en los pelares de los perros, y luego en los tréboles hasta volverle el lustre. Resolló con fuerza y pasóse la manga por los ojos.

Su caballo asustado se había alejado de allí un trecho.

Él lo trajo y lo acarició.

En seguida se apoyó en el borde del barranco, cogió el cuerpo de la bruja en sus dos brazos y cargó con él. Antes de cruzarlo en el recado, miró otra vez el semblante de la muerta, y lo besó sin ruido.

Alzóse en seguida con su carga, que atravesó en el caballo con cuidado, y saltando él en la parte libre de los lomos, volvió grupas, dirigiéndose a la orilla del monte.

Era aquélla una noche -de profusos resplandores.

La loma, el valle, las copas de los árboles aparecían bañados de una luz blanca y pura.

Junto al monte se dibujaba una línea sombría.

El «gaucho- trova» la siguió largos momentos como abismado. El caballo solía detenerse no sintiendo el rigor de la rienda; hasta que al grito de algún buho quieto en las ramas el jinete acercaba a los ijares las espuelas, continuando su marcha silenciosa.

Por fin entróse a un potrill oscuro.

Desmontó, y bajó el cuerpo mutilado.

En ese sitio la tierra estaba blanda por la humedad del ribazo. El arroyo corría por un cauce

estrecho bordado por retorcidos troncos y espesos cancelos de viváceas profusas. Un rayo de luna como larga flecha de plata hendía la espesura y formaba en las aguas mansas un ojo de luz.

Pablo acomodó el cadáver junto a un árbol.

Aquella mujer más envejecida acaso por el duro y constante sufrimiento que por los años, aniquilada, escuálida, con los ojos fuera de las órbitas y la piel sobre los huesos, ahora rígida, muerta a colmillo por los perros, bañada en sangre, revolcada por el polvo y el barro, apenas cubierta con desechos de tela incolora, era para él un objeto de muda y dolorosa contemplación.

En el semblante desencajado del gaucho había como un surco de pena intensa.

De vez en cuando cogía la mano flaca y rugosa de la muerta, la miraba fijamente, la acercaba a sus labios temblorosos y la dejaba caer de súbito apenas sentía su frialdad horrible. Algo como una voz solemne que venía del fondo de su alma sin vuelos, a modo de eco lejano de apagadas memorias, parecía decirle que él era carne de su carne, que en aquel pecho misero y enjuto él había mamado y que aquella mano seca y hoyosa que exhibía crispados los dedos y rotas las uñas, le había dirigido y preservádole de los peligros en la edad en que el hombre se arrastra y grita sin poder ponerse de pie como los demás animales del campo. Debía ser sí, sangre de su sangre, porque al mirar la vieja, andrajosa y destrozada sentía hincársele en el pecho, dura y punzadora una espina de la cruz, que sólo la pobre bruja hubiese sido dado arrancar de la herida que no sangraba, pero que hacía gemir la entraña con inaudita violencia

A intervalos exhalaba una nota ronca sin lágrimas ni contracciones, breve, espontánea, asustadora en el silencio y la soledad del sitio, muy semejante al resoplido sordo de un toro enfermo.

Daba vueltas despacio, observando el sangriento despojo atentamente, de hito en hito; y luego se quedaba pensativo con la vista en el ramaje oscuro largos momentos.

Volvíase de pronto, cogía, entre sus dos manos puesto en cuclillas la desmelenada cabeza de a bruja, e insistía en observarla en todos sus detalles como fascinado tétricamente por el horror de aquella máscara de endriago. Una vez llegó a arrastrarla inconsciente hasta un cuadro de luz plateada, que la alumbró de lleno.

Recién se le ocurrió a Pablo cerrarle los ojos y la boca. Bajóle con los dedos los párpados, pero éstos no se plegaron ya helados y endurecidos. Tentó cerrarle la boca, y las mandíbulas volvieron a caerse.

Entonces Luna ajustólas con una tira en forma de barboquejo, cuyos extremos ciñó en el cráneo. Enseguida le arregló el cabello, echándoselo sobre el seno, estiróle los fragmentos de ropas a lo largo del cuerpo que rodeó con tiras para sujetarlos, y por último se sentó a su lado poniéndose a picar tabaco con suma lentitud, cabizbajo, aplomado por el peso de sus violentas tribulaciones.

Pasada media hora se levantó del sitio.

Allí cerca del ribazo había un grupo de regulares guayabos muy próximos unos de otros, con grandes ahorcaduras.

Pablo arrastró del monte dos troncos gruesos ya secos, cortóles las ramitas duras y los retaceó con golpes de daga. Luego envolvió bien el cadáver en dos jergones que sacó de su recado, atándolos con una guasca peluda de las que llevaba colgadas a grupas; puso en seguida a la muerta sobre los dos troncos, y ciñólo todo fuertemente con otras tiras de cuero sin sobar, en forma de lío. La bruja no pesaba más que una momia.

Concluida la fúnebre tarea, Luna cargó con el bulto y encaminóse a la isleta de guayabos.

Apoyó el lío en uno de los troncos, y descalzóse las espuelas.

En seguida trepóse con pies y rodillas al árbol, montóse a una rama gruesa que cedió en parte a su peso, cogió por el extremo superior aquel extraño ataúd, lo levantó con algún esfuerzo hasta descansar en una horqueta de modo que se mantuviese en equilibrio; y por último, descendiendo de la rama, empujó desde el suelo con su cabeza y manos el lío hasta encajar la extremidad inferior en otra ahorcadura del árbol más cercano. Como complemento de su triste labor, aseguró también con recias lazadas las cabeceras a los árboles, a fin de que el viento no derribara el armazón.

Después, recogiendo sus espuelas de hierro, volvióse lentamente al potrill, tiróse al suelo y se puso a llorar.

Pasado ese momento de dolor, murmuró boca abajo:

— ¡Quién fuera brujo de a de veras por mi madre!

Sintió un leve aleteo como de alas de felpa entre el ramaje.

Levantó entonces la cabeza, y miró.

Dos ojos fosforescentes le observaban fijos, inmóviles, desde el fondo de la isleta, y a poco un chillido estridente turbó la soledad.

Era un ñacurutú que se había posado junto al cadáver, muy recogido en m sí mismo, tiesas sus grandes orejas de plumas; sombría, misteriosa imagen de la vida errabunda, tétrico compañero de las horas sin paz ni luz.

IV

En el valle, y distante del rancho de Pablo Luna una milla, se encontraba la población principal o tronco de la estancia de don Brígido Montiel.

Era este un hombre rudo, bajo de cuerpo, cara ancha, espaldas cuadradas y manos enormes.

Asemejábanse sus ralas patillas en semicírculo de uno a otro maxilar inferior, a los pelos desiguales y cerdosos que cubren las mandíbulas del tigre; la parte carnuda de la oreja, gruesa y salida hacia afuera; las cejas muy pobladas y revueltas; la boca grande, con buena dentadura, la barba corta y un cuello de toro, completaban los rasgos mas notables de este cimarrón, amo de ganados y señor de «lazo» y cuchillo de la comarca.

Su genio díscolo le había enajenado toda simpatía. Aún encariñando, cosa que ocurría rara vez, lastimaba, pareciéndose en esto al gato. Si bien los hombres que lo servían eran como él montaraces, pocos lo igualaban en crudeza de instintos y en maneras cerriles. Siempre pecaba por exceso para mandar o malquerer. Se le servía por la paga, en que era estricto, y por Sólita que era un encanto; pero desgraciado del peón que incurriera en sus enojos o animosidades. Ése no tenía allí trabajo, ni hospitalidad. Decía Montiel con frecuencia, que el gaucho v era hijo del rigor, y que por lo mismo una cara de perro le hacía mejor efecto que una buena conseja.

Graciosa y provocativa era su hija Soledad, tipo de hermosura criolla escondido entre aquellas breñas; y a quien destinaba don Brígido para mujer de un brasileño rico que tenía su campo y ganados a pocas leguas de allí.

Soledad, de dieciocho años, de un moreno sonrosado, ojos grandes y negros, formas llanas y redondas y unas trenzas tan enormes que le pasaban de la cintura, constituía el punto de mira y de atracción de todos los mozos del pago.

Fruta incitante, sazónada a la sombra de los «ceibos», o flor de carne que los mismos «ceibos» envidiaran para su copa altiva, el prestigio fascinador de esta mujer había encelado todos los sensualismos y como incrustado su imagen en cada corazón selvático, de modo que por el sitio rondaban y a él volvían los más soberbios y rebeldes al yugo de Montiel, callándolo todo, hasta el instinto vengativo, en obsequio a la esperanza de merecer la gracia femenina.

Quien creía haber obtenido de ella una frase halagadora; quien una sonrisa expresiva; quien un gesto de interés; el más «ladino», un saludo de aprecio; el menos conversador, una mirada a escondidas; el mejor cantor, un suspiro; el jinete más guapo, un aplauso; el guitarrista de más gusto, una atención profunda; el mayor «quiebra», una gran risa; hasta el matarife de diario soñaba en que su habilidad para degollar ovejas predisponía a su favor la moza.

Todo el fervor varonil del pago se concentraba en ella. Donde quiera se agitase su «pollera» corta, los pastos echaban flores; planta que ella tocara, alcanzaba virtud de milagro; rosa de cerco que se pusiera en el pecho, creaba aroma; caballo que montase, se ponía piafador y querendón.

El hecho es que Soledad no parecía preocuparse ni mucho ni poco de todo lo que la rodeaba; y que su mismo compromiso con don Manduca Pintos, el brasileño hacendado, no le quitaba el sueño.

Dejaba hacer y decir sin importársele las consecuencias, a juzgar por su aire displicente, tranquilo, de mujer sin penas ni devaneos.

Hacía su gusto con libertad; galopaba en buenos «pingos»; bailaba algunas veces; la faena doméstica no la absorbía mucho; de costura había aprendido poco; de instrucción moral ni el «padre nuestro», no sabía qué era oficio; pero en cambio era diestra en hallar nidadas de avestruo o de gallina, en echar cluecas, escoger «choclos» granados, bajar higos «chumbos», y hacer el puchero. Y no era sólo el puchero. Don Brígido solía decir que nadie como ella condimentaba guisos de ternera, y especialmente ciertas partes glandulosas del toro, a cuyo manjar la joven se había aficionado desde niña, y que a la vez era de la predilección de don Manduca.

V

Cierta tarde Soledad caminaba por las cercanías de la huerta, cuando acertó a pasar por allí, montado en su alazán y al trote corto, Pablo Luna.

Ella no lo conocía más que de nombre; y de su habilidad para el canto y la guitarra, había también oído muchos elogios.

Eso, unido a la sombra de misterio que rodeaba su vida errante, aumentó su curiosidad en momento inesperado, viéndolo cruzar a pocos pasos de ella.

Este mismo pasaje de Pablo Luna era un suceso raro, pues casi nunca se le veía tan próximo a las «casas».

Soledad lo observó con la cabeza baja y las pupilas fijas, un poco de soslayo, torcida, inmóvil; él la miró con aire melancólico, de una manera vaga y fría.

Llevaba su guitarra apoyada en la cadera, el sombrero hacia atrás, flotantes al dorso los rizos negros, muy pálido el rostro, pero lleno de una expresión resignada.

Balbuzeó al pasar las «buenas tardes» y llevó la mano al ala del sombrero. Soledad apenas movió la cabeza; y cuando él se hubo alejado, púsose a mirarlo sin disimulo por detrás, con un gesto de suspensión y de extrañeza. Y mirándolo siguió, hasta que Pablo llegó a ocultarse en un gran matorral cercano al monte.

Tuvo en cuenta que no había vuelto ni una vez la vista, siendo así que eran muchos los que se hacían todo ojos por ella.

¡Qué mozo idioso!

¡Pero qué linda estampa! Pocos se le parecían.

Ocurriósele recién entonces pensar que don Manduca, su prometido, era un hombre barrigón con las piernas «cambadas», el semblante verdi-negro, la barba de chivo y el cabello ya canoso.

Su comparación con el «gaucho-trova» la dejó un poco inquieta; fué un paralelo a vuelo de pájaro, con esa vivacidad propia de una mujer joven de sangre rica y generosa en quien un incidente cualquiera hiere el instinto oculto y lo pone en acción inmediata.

Ante aquel hombre apuesto y bizarro, aquellos bucles airoso, aquella juventud atrevida que se confiaba en la vida errante a sus propias fuerzas, y aquel ceño de cantor triste, aquel modo de ser resignado que se trasparentaba en sus ojos, por fuerza tuvo ella que comparar...

En presencia de muchos otros hombres, no se le había ocurrido, sin embargo, someter a don Manduca a la prueba de comparación.

Ahora se le ocurría, como si despertaran de súbito y por primera vez sus sentidos y experimentase una impresión ruda y singular.

¿Por qué ella no había puesto antes en línea a Pintos con los otros, y lo ponía en ese momento junto a Pablo Luna para deducir una diferencia?

No se ocupó de averiguar la causa.

De lo que sabía darse razón, era que don Manduca se pasaba de maduro, y el otro de guapo y tentador.

¡Pero este Pablo Luna tan desdeñoso y huraño! . . .

Y pensando así, Soledad torció el labio con aire irónico.

Después hizo un mohín de altanería, sacudió el vestido en una voltereta brusca, y mirando por última vez al sitio en que desapareciera el «gaucho-trova», se fué a paso lento hacia las «casas».

De vez en cuando observábase a ella misma por delante y por detrás, volviendo cuanto podía la cabeza con ciertos barruntos de amor propio herido.

En verdad iba un poco encrespada, sin atinar en la causa de su enfado repentino.

¿Acaso sabía lo que era querer?

Nunca había sentido afecto por ningún hombre, fuera del que a su padre tenía, a pesar de la grosera manera con que éste manifestaba siempre su cariño aun tratándose de su hija.

Encontrábase pues, hermosa, lozana, robusta, llena de anhelos y de fuerzas juveniles, en condiciones de experimentar a la menor ocasión un cambio violento en su vida monótona. Hasta ese instante había sido ella el imán de muchas voluntades, el punto céntrico en que coincidían todas las ansiedades secretas de los que se movían a su lado.

A su vez ¿no le tocaría el turno de ser subyugada?

O por lo menos ¿no encadenaría con sus encantos a otros de existencia vagabunda como aquél que acababa de pasar por delante de sus ojos, indiferente, como aburrido de un mundo que parecía reducirse para él a la soledad del valle y de los cerros, sin más dichas y consuelos que el canto de los pájaros salvajes, la sombra de los bosques, la luz del sol esplendoroso, los tañidos plañideros de la guitarra, y acaso las memorias de la primera mocedad desgraciada?

Preocupóse del «gaucho-trova». No era igual a los otros...

¿Por qué no se habría vuelto a mirarla antes de esconderse arisco en las quebradas?

¿Sería que ella no tenía interés alguno para él, que las gracias con que los demás la adornaban, no las veía Pablo; ni su cara era tan linda como decían; ni sus ojos valían lo que dos «linternas» de las que vuelan por la noche alumbrándose el camino.

Es verdad que los de él eran muy simpáticos, azules como la flor del cardo recién abierta, aunque uno parecía algo «guiñador» con sus crespas pestañas temblonas.

El viejo Montiel, su padre, decía que ése era «ojo de taimado», de «matrero» que «bichea» desde que el sol nace hasta que se pone. Pero a ella no le parecía así, don Brígido le tenía mucha inquina a Pablo, porque según él, vivía de sus ovejas y de sus vaquillonas, sin que nunca hubiese podido sorprenderlo en una carneada.

Esa mala voluntad de su padre era la causa de que el pobre andariego no hallara allí trabajo y pasase de largo por delante de la población las raras veces que escogía ese camino.

Don Brígido lo había maltratado de palabra en distintas ocasiones al encontrarse con él en el campo o en la «ramada», a donde Luna acudiera cierto día en busca de alguna ocupación a jornal.

Esa vez lo echó con amenazas terribles. Pablo se había ido callado como un muerto.

Se acordaba ella ahora de todo esto, que había oído contar a los peones de la estancia.

Y al acordarse de pronto, como suele uno hacerlo sobre un hecho a que en su oportunidad no dió importancia alguna, empezó a creer que acaso aquella animosidad no fuese justa, dado que el «gaucho-trova» parecía de buena laya, manso y humilde.

¿No lo eran ciertos pumas aunque se comieran las ovejas?

Por lo demás, había oído de Pablo algunas cosas que lo hacían aparecer guapo y generoso, aunque lleno siempre de misterios.

Algunos decían que en lo intrincado de la sierra escondida entre inmensos peñascos y espesuras había una gruta donde el «gaucho-trova» echaba sus siestas tranquilas, mientras en las cumbres de los cerros solitarios prorrumpían en gritos las águilas, y en los valles hondos roncaba el tigre. Que en esa cueva desconocida, se estaba las horas, y que al bajar el sol salía al paso de su caballo para hundirse en la maraña.

Siempre con la guitarra a la espalda o en su diestra, no la pulsaba para los hombres, y allá en la soledad la hacía trinar para jolgorio de los seres montaraces.

Añadíase que a sus sonos bajaban los pájaros de rama en rama apiñándose en la pradera; y que una vez una bandada de cuervos de cabeza calva, también por oírle, se estuvo quieta en las piedras de un barranco a pocos pasos del tañedor.

Cuando él acabó de tocar y de cantar, los cuervos se alzaron como una nube negra y se cernieron bajo, sobre su cabeza, lanzando en coro sus fúnebres graznidos.

Otras cosas se añadían que sólo había visto un matrero por casualidad, escondido en los juncas cercanos al arroyo. Eran episodios dramáticos de un colorido intenso y bravío. Pero entre ellos, resaltaba uno que hablaba con elocuencia al sentimiento y denunciaba una energía poco común en el esfuerzo.

El arroyo había salido de cauce por el exceso de las lluvias, gruesas corrientes habían bajado de los cerros abultando el caudal, y las aguas rebasando el borde de las barrancas se habían extendido por el monte hasta inundar en parte el llano.

Los troncos de los árboles, de poca elevación en su conjunto, aparecían sumergidos en más de un tercio, de modo que las ramas tocaban por sus extremos la superficie. Una serie de copas verdes formaba festón al abismo, caracoleando y perdiéndose a trechos en los recodos de la sierra. Esta cueva extensa de vegetación indígena, monótona y uniforme, era interrumpida acá y acullá por palmeras solitarias que se alzaban sobre la muchedumbre de especies, airosas y esbeltas como sombrillas de lanceolados flecos»

Toda huella de vado habíase borrado para un ojo poco experto.

Allí donde en realidad estaba, el agua aparecía como un remanso de peligrosa hondura. ¿Quién podía atreverse a pasarlo cuando venía con su mayor fuerza la corriente?

Los más altos duraznillos de la orilla habían desaparecido bajo las aguas. También las espadañas y cortaderas que únicamente elevaban las puntas de sus blancos penachos cónicos una pulgada del nivel de la creciente.

Dando gritos extraños, el capivara se deslizaba nadando por sitios que antes fueron tierra firme, y numerosas bandadas de grandes patos y cisnes cubrían las abras del monte que pocos días atrás eran feraces praderas. El agua en masa enorme rodaba silenciosa haciendo en ciertos puntos pequeños remolinos, y levantando en otras burbujas y espumas en círculos concéntricos. Por el medio de la canal viajaban dando volteretas pedazos de troncos y gajos ramosos que precipitaban su marcha al acercarse a una pendiente, y luego, como tren veloz, al revolverse en un bajo sembrado de grandes piedras, que constituían un salto en época normal, y que ahora hacían girar vertiginosas en cinco o seis remolinos las aguas, sin descubrir una sola de sus cúspides agudas.

Algún fragmento de cuero seco, de lana con abrojos, de juncos y de totoras arrancados con parte del terrón de las orillas, hacían compañía a la broza, siguiendo el derrotero a manera de tropa en dispersión a quien el pánico empuja y precipita. En una como abierta tenaza que formaba el vado, los manojos de raíces y las ramas destrozadas se habían aglomerado junto a los árboles, de cuyas horcaduras caían largos mechones verdes de parásitas allí depositadas por la creciente. Aquel manto de desechos parecía de lejos dura costra, pues allí el agua estaba quieta.

Más atrás veíanse los peñascos de la sierra.

Según narró el matrero, en estas circunstancias y siendo medio día, cayó al vado un jinete que se detuvo a observar el sitio con algún recelo.

Este hombre era de su pelaje, según coligió.

Apenas traía una jerga su caballo, y lazo al pescuezo.

El jinete un pañuelo atado en forma de vincha en la frente, «boleadoras» y daga a la cintura. Como viese que vacilaba, hubo de advertirle que la corriente tragaba hombres y que no se echase al vado; pero, la presencia de otro jinete que a poco surgió del llano, lo obligó a permanecer oculto y en silencio.

Este nuevo vagabundo que caía al vado, era Pablo Luna, con su aire uraño y sombrío, y su guitarra a los «tientos».

El matrero de la vincha se azotó al agua cogido de las crines con su derecha, y nadando con el brazo libre a la par de su bayo.

Hasta el centro del arroyo convertido en ancho río, flotaron bien; pero ya en la canal correntosa fueron insensiblemente arrastrados lejos del paso a pesar de obluar hombre y bestia vigorosamente.

Los esfuerzos eran impotentes. No se cortaba en dos empujes el curso violento. Comprendiendo esto el matrero, se sentó en los lomos intentando gobernar y desviarse. El bayo, aunque fuerte, levantóse dos veces de manos golpeando las aguas, sin ceder a la rienda. El descenso seguía y el salto estaba próximo; sentíase sordo el ruido del borbollón. El caballo bufaba azorado con el pescuezo tendido; el jinete se iba poniendo pálido.

De pronto dio cara a las grupas y se arrojó al arroyo de un salto, procurando eludir la corriente.

Pero allí había un remolino que lo hizo bailar como un trompo, y lo volvió luego suavemente tendido de costado al medio de la canal.

Nadador de gran aliento, pugnó todavía por cruzar el abismo.

El bayo dando vueltas y sacudiendo sus remos delanteros, se había alejado algunas brazas y no había ya que contar con él.

Por dos o tres veces asomó el lomo a la superficie, lleno de brío, en posición de arrancar al través y salvar el obstáculo, aquella fuerza misteriosa que entre tibios vahos lo empujaba aguas abajo de un modo incontrastable.

Después se hundió, reapareció, resopló lúgubrementemente, giró veloz en el recodo, y a poco saltó a los aires una manga de agua y espuma.

Había caído y rebotado en las piedras sumergidas.

No se vió mas.

Su dueño iba en pos. Había tomado la horizontal y dejábase arrastrar a manera de corcho o inflada vejiga, con el rostro de fuera, cual si luchase por hacer entrar todo el ake en los pulmones. Sin duda estaban casi agotadas sus fuerzas.

Descendía por grados.

Sus manos crispadas solían aparecer en la superficie, para cogerse locas de la broza que escapábase entre sus dedos.

De repente, asomó una cabeza entre los árboles casi anegados, por donde tenía su entrada una «picada» estrechísima del monte.

Aquella cabeza era la del «gaucho-trova».

Había visto sin duda todo, y conocedor del terreno, avanzólo por la «picada» pasando de rama en rama hasta enfrentar la canal.

Ya al término del boquete, su cuerpo flexible se tendió en un gajo de molle, que fué arqueándose poco a poco hasta mojar sus hojas en la superficie.

Allí afirmado como un gato montés, y libre el espacio necesario entre su cabeza y el árbol para agitar sobre ella la mano, Luna revoleó un lazo y lo tiró con fuerza al nadador.

Éste se cogió a él con ansia, lo arrolló a su cintura hasta ponerlo tirante, sujetóse con las dos manos de la parte que quedaba a flor de agua, y púsose a descansar un momento.

Así que cobró ánimo, empezó a tirar del trenzado y a avanzar con rudos enviones, lívido, resollante como una res que ha sido arrastrada a lazo muchos metros, y a quien la argolla aprieta la garganta.

Pero, ya a punto de llegar al árbol, quebróse la rama a que estaba ceñido un extremo de la improvisada maroma; y apenas se produjo el crujido, el matrero se sumergió.

No tardó, sin embargo, en resurgir algunas brazas más adelante, manoteando en el vacío; por último flotaron sólo sus largos cabellos.

En tanto, el lazo fué recogido en parte, como si se hubiese hecho con su otro extremo una nueva atadura; y Pablo Luna, completamente desnudo, se arrojó al agua, dando un brinco de lo alto del molle.

El impulso lo llevó hasta el que se ahogaba a quien agarró de los pelos.

Como si sólo esperase un tirón suave, el hombre de la vincha se alzó del abismo, se abrazó a Luna, y los dos muy unidos, cara con cara, giraron en movimiento rotativo, se hundieron y asomaron siempre ceñidos el uno al otro, en medio de la corriente.

Ésta no los empujó aguas abajo.

El lazo apareció tieso y fijo, pues a él estaba amarrado el «gaucho-trova»; quien con las ondulantes guedejas pegadas a las mejillas, dió una gran voz enérgica, puso la espalda al compañero de aventura que le cruzó los dos brazos por el pecho, y arrancó hacia el boquete a favor de la trenza que poco a poco iban sus manos recorriendo con gran firmeza y vigor a pesar del peso sobre sus hombros. En pocos instantes alcanzó los árboles del boquete; y entre ellos desapareció con su carga. ¡Ah, Pablo del alma!...

Al recordar Soledad este episodio que escuchó una tarde de boca del mismo matrero que lo había presenciado, volvió a pensar que el viejo Montiel odiaba a Luna de puro gusto.

VI

Pero después trajo a la memoria que don Manduca Pintos había hecho algo por ella, en prueba de grande aprecio; y aunque no estaba «prendada» del hacendado riograndense, ni había tenido en mucha monta el ser o no su mujer, con todo le hacía fuerza el recuerdo de ciertas cosas que la ataban al «consentido» como con una coyunda.

Acordóse, pues, de lo que un día le había ocurrido no lejos de las casas, casi encima del monte y junto a un matorral, al apearse de un salto de su zaino.

En esa ocasión, un yagueté de regular tamaño, que sin duda había estado sesteando entre las breñas, le dio un gran susto.

La aventura había pasado de este modo:

Al apearse Soledad, alguna carne maciza vió el yagueté que ofrecíale espléndido festín, porque dando dos pasos adelante movió de uno a otro lado la cabeza y la cola relamiéndose los bigotes.

Si bien en parte oculta detrás de su caballo, Soledad sintió su aproximación; dio un grito ahogado y quedóse inmóvil por la sorpresa.

El caballo inquieto, anduvo algunos pasos y empezó a dar vueltas con las orejas tiesas y la vista recelosa, hasta alejarse regular trecho del tigre.

La joven cogida al cabestro y casi ceñida al pecho del animal que adivinaba el peligro, fué siguiéndolo maquinalmente, sin alientos para poner el pie en el estribo o llamar a su socorro. Á quién podía tampoco llamar?

Él zaino se paró al fin todo estremecido, dando el flanco a la fiera que había seguido arrastrándose sobre el vientre en derechura a su presa.

Soledad sofocó un gemido en su garganta.

De pronto el tigre se detuvo también a pocos pasos del grupo, con los ojos fijos de un fulgor siniestro, haciendo anillos con la cola a la manera del gato. Tenía el lomo como un arco.

Un hombre venía a pie por la orilla del monte.

Traía un poncho sobre el hombro izquierdo y una gran daga cruzada por detrás en el cinto.

Cuando Soledad lo vio, encontrábase ya él a poca distancia.

No pudo menos de lanzar un grito ronco ante esta aparición imprevista, al ver la tranquilidad que el rostro de aquel hombre revelaba y la firmeza de su andar.

Acabaría de salir sin duda del abra vecina, pues ella recién lo vió entre las nieblas de su miedo. Temblaba como una hoja. Quiso articular alguna palabra y no lo logró. En cambio, sonrió al recién venido sintiendb que le renacía el ánimo.

Don Manduca, pues él era, dijo con el ceño fruncido:

— ¡Cómo no, si das volta costas! . . . ¡Ehu, manchao baboso!

Y arremolinó el poncho.

Observó entonces ella con asombro que Pintos, con una audacia de que no lo creía ella capaz y sin perder la flema, dió un salto colocándose entre el caballo y la fiera, al mismo tiempo que se arrollaba el poncho en el brazo izquierdo y desnudaba la daga con gran presteza.

La bestia empezó a retroceder con sordo ronquido y las fauces abiertas entre las malezas, tenta al enemigo, pestañeando y pasándose a veces la lengua por los labios negros, de los que caía como un hilo de espumas.

La criolla no miró más. Azogada todavía huyó a pia hacia la huerta, en tanto su caballo, viéndose libre, arrancaba de súbito a gran galope cual si lo hubiese mordido en los jarretes una víbora.

Pero lejos ya la joven, y al eco de un bramido volvió el semblante y pudo ver la fiera en fuga al interior del monte dando brincos enormes por encima de las

yerbas y exhibiendo por entero su pelaje negro y dorado que brillaba al sol con un lustre admirable.

Don Manduca, envainando la daga, la siguió pronto con aire de triunfador.

Todo esto la impresionó al principio vivamente.

El robusto brasileño parecía saber domar tigres, cualidad que ella no le había conocido hasta que la probó delante de sus ojos.

Esa tarde le brindó Soledad con el mate amargo con mejor talante que otras veces, lo oyó con cierto interés y la comida en común fué muy cordial.

Don Brígido por su parte, se mostró en extremo contento por todo lo ocurrido y elogió el arrojo de su amigo entre francas expansiones de alegría y agasajo.

El comento de la cosa duró algunos días por ser novedad poco frecuente. El peonaje la tomó como tema de las pláticas en la hora de la siesta, y se creció en más de un palmo la estatura de don Manduca bordándose en rededor de su persona una «fábula», según la expresión de uno de los narradores.

Sin embargo, pasadas dos semanas, Soledad fué olvidando el episodio y concluyó por volver a su indiferencia, como si en verdad no hubiese nunca sentido ímpetus de pasión por nadie.

Demostraba más gusto en departir sobre, cosas del campo con los peones y en hacerles rascar la guitarra que en estar junto a Pintos.

Cuando se aventuraba alguna alusión en la rueda o en la cocina, se reía o encogía de hombros.

Complacíase la mozada en verla hincar sus finos dientes en la galleta dura y sorber con ruido la bombilla; o en seguirla en todos sus movimientos desordenados por si podían descubrir algunos de sus encantos.

A veces los mortificaba levantándose el vestido hasta la rodilla para saltar por encima de la ceniza caliente del gran fogón, o poniéndose en jarras en el umbral de modo que se transparentasen sus formas hermosas a la radiación del sol sobre sus ligeras ropas.

Hirviendo en sensaciones, mostrábanse entonces los peones encelados. Mirábanse con desconfianza los unos a los otros, receloso cada uno de lo que los demás habían visto, y que sólo cada uno de ellos quisiera haber admirado con prescindencia de testigos. El celo llegaba a ponerlos hosclos, prevenidos, casi envidiosos sin causa real.

Acostumbrados a observar silenciosos en el rodeo cómo se disputaban los toros bravios la junción sexual, la fuerza de la sangre y el instinto brutalmente sugestivo los predisponía a hacer con la daga lo que el poderoso macho con el cuerno.

Reprimíalos no obstante, su condición, así como los accidentes dñanos de la vida de pastoreo que les hacían olvidar con los esfuerzos del músculo y las fatigas de la faena, sus tristes odios y amores.

Era a la vista de Soledad que éstos recrudecían cuando la holganza se nutría con el mate y el tabaco, la guitarra, la canción y la payada. Entonces bullían las ansiedades y los enconos en el corazón «matrero».

La margarita punzó les andaba por las pupilas, como un velo de sangre, muy roja y viva.

En el afán de verla, todos estaban cada día muy temprano en el palenque aderezando sus caballos.

VII

De éstas y otras muchas cosas por ella sentidas u observadas, antojósele acordarse a Soledad la tarde en que vio pasar por su lado a Pablo Luna.

Al día siguiente extrañóse que aún pensara en él al despertarse; y con la aurora levantóse y fué al campo.

Cerca de las casas, estando ya el maíz en sazón, habíase erigido una troja o sea un ligero armazón en forma de cabaña cónica de regular amplitud en su base cubierto con las mismas espigas y panículos secos de su planta, cuyos frutos se deseaba resguardar de la intemperie. A falta de compartimientos en el edificio o en el grosero rancho de paredes embostadas que sirviesen de depósito a los productos agrícolas escasos del tiempo a que nos referimos, improvisábanse así con los mismos desechos las trojas de manera tan industriosa, que resistían al igual de las parvas la acción del sol, de la lluvia y del viento.

A espaldas de la troja se alzaba una línea de tunas muy crecidas llenas de «chumbos».

A estos sitios se dirigió Soledad. Por allí se movió de un lado a otro tanteando los higos largos momentos. Entróse después a la troja, y se puso a arrancar las hojas colgantes sin preocuparse de lo que hacía.

Don Manduca, en una de sus estadías en la estancia había construido la troja con sus propias manos, por no parecer ocioso. Ella bien lo sabía.

A fuerza de tirar de los tallos y panículos llegó a abrir un agujero en el techo, y apercibida de este destrozo echóse a reír con ganas y salióse muy ligera de la troja.

En el fondo de las tunas había una extensa loma.

Encaminóse por ese rumbo como vacilando, dando vueltas, trazando curvas.

Abría el día pesado y caluroso.

Próximo al barranco de la Bruja, casi en frente del bosque, había un trazo de terreno de altos pastos solitario y montaraz. La cepa-caballo y la flor de viuda se confundían con la visnaga, el duraznillo negro, el plumerillo, el hinojo y la cicuta. Había también apio en las piedras, zarzamora en el bosque, arzaes en la ladera y espinas de la cruz en el fondo arenoso.

Soledad se detuvo delante del matorral un momento, ensimismada. Zumbaban a su alrededor cien insectos brillantes y movíanse en los gajos y hojarascas en rumoroso enjambre escarabajos y bichos moros, cárabos, isocas, cnsómelas, corpulentos Capricornios y langostas voladoras. En nada de esto paró ella atención; sino que echando una ojeada hacía las casas, por si era o no vista, cruzó luego por un estrecho sendero el barranco rápidamente y al mismo paso llegó en pocos instantes a lo alto de la loma.

Desde allí se dominaba un vasto paisaje. La sierra estaba próxima con sus cejales azulados, sus faldas sombrías, sus peñascos amarillosos formando una cortina inmensa festonada por la línea verde del monte. En las cumbres oscilantes los vapores como jirones de tules, esfumaban sus blancas volutas al calor solar, y en las faldas ya limpias irradiaba esplendente la mañana uñiéndolo todo de dorados reflejos.

Púsose Soledad a mirar hacia los estribaderos de la sierra, verdaderos sitios salvajes, entre cuyos matorrales se alcanzaba a percibir un ranchejo negro de gaucho pobre.

Nada sin duda pudo divisar, porque volvió los ojos, al parecer cansada, al extremo del valle que a su izquierda hacía ángulo con el monte y la loma.

Por allí triscaba los pastos una manada de yeguas de colas llenas de abrojos, arisca, bufadora, casi agresiva.

Un padrillo de enredadas cerdas y pelos bastos, impetuoso y gruñidor, aplanaba a cada momento las orejas, mostraba los dientes y ar remolineaba la grey repartiendo recias coces a todos rumbos.

Las yeguas giraban en torbellino alrededor de la madrina, cuyo esquilón sonaba en el centro como tocando a somatén.

Al fin se detuvo el padrillo impetuoso, enarcó el cuello con gran bizarría, alzóse lleno de vigor pujante y oprimió entre sus remos delanteros unos cuadriles redondos con brutal e intensa caricia, hipando bravio, encrespada la crin, trémulo el copete, muy abiertas las narices cual si por ellas saliese una ráfaga de fuego.

Soledad contempló atenta aquella escena, sin signo de extrañeza, aunque con cierta avidez, la mirada muy fija y la mejilla ardiendo. Su seno ondulaba de vez en cuando con alguna violencia.

Después se alejó varios pasos de allí con los ojos en el suelo; los volvió de nuevo a la falda de la sierra, y por largo rato los mantuvo fijos en la guarida de Pablo Luna, cual si esperase columbrar algo que calmase sus ansias del momento.

Por fin un bulto muy lejos, el de un jinete que acababa de dejar el rancho y se dirigía al trote sierra adentro.

No podía ser otro que el «gaucho-trova» pues no se le conocían amigos, ni nadie se allegaba a su madriguera.

¿Qué iría a hacer allá entre los cerros?

Llevaría tal vez la guitarra, su única amiga, con el intento de cautivar con sus sonos a otras mozas, a quienes también cantarían lindas décimas.

Esta idea mortificó mucho a Soledad.

Era preciso que él viniese cerca de ella e hiciera lo mismo, que la persiguiera y la encariñase. Recien se apercibió que a su alrededor había como un vacío, y que la soledad no la llevaba en el nombre sino dentro de sí misma.

Un poco de angustia, que nunca sintió, la invadió de súbito removiendo el celo en el fondo de su pecho lleno de rudos instintos. Un gusano venenoso parecía morderle allí en la entraña con insistencia cruel.

El potro seguía lanzando en la manada como carcajada histérica su grito encelado y enérgico entre botes y dentelladas.

Aquello acabó por irritar a Soledad, que se volvió a largos pasos hacia las tunas.

— ¡Lo he de amadrinar! — decía a media voz, empañada la mirada por un llanto extraño que ella no podía evitar y se le agolpaba a los párpados. ¿Por qué no? ... Él no es más que otros.

VIII

Esa tarde lo vio.

Luna echó pie a tierra en el bajo y la saludó con sequedad.

Estremecióse toda; púsose muy pálida, ahogóla una emoción irresistible.

Pero no se sintió con fuerzas para mirarlo de frente, en los ojos, como en el fondo lo ansiaba.

Por el contrario, le dió la espalda, y echóse a caminar entre las tunas a pretexto de escoger higos chumbos en sazón.

Púsose a tantear con fiebre, excitada. Caíale la crencha negra sobre los ojos muy brillantes; tenía húmedas las pupilas, hinchado el labio inferior como una guinda madura, y las mejillas llenas de rosas rojas.

Toda ella era un desasosiego extremo; presentaba los síntomas de una agitación nerviosa que era sin embargo peculiar a su temperamento y que más de una vez, al contemplarla con mirada codiciosa, había hecho exclamar a los peones.

— ¡Parece jején de monte!

De una a otra tuna, con mano hábil para eludir las espinulas enconosas, su brazo se alzaba o descendía como desciende o se alza la abeja agreste en un búcaro de cardas.

Quedábase a ocasiones quieta delante del fruto tentador.

Mas, su cabeza siempre dura, inflexible, sólo sacudía la melena sin volverse.

Al fin la mano temblorosa bajóse casi a la altura del ruedo del vestido que se había enganchado en una de aquellas paletas de un verde-oscuro, cogiólo y tiró

con ímpetu hasta levantarlo a medias, poniendo al descubierto una pierna de formas tornátiles tan hermosa, que cuando ella volvió a ocultarla se sonrió complacida cual si el orgullo asomase a sus labios en aire de triunfo, y le asistiese la persuasión de haber herido al hombre en la entraña.

Al ver aquello, Pablo Luna largó el cabestro, y quedóse mirando con los ojos fijos muy abiertos.

Después avanzo algunos pasos, pero no en línea recta, sino a la manera del ñandú; arrastrando por los pastos la lonja del «rebenque» o dando con ella a alguna langosta voladora que se levantaba por delante, desplegando al sol sus alas mordoré.

Llegó a colocarse muy cerca de la joven, que puso también algo de su parte para esa aproximación; acaso de un modo casi inconsciente, atraídos uno y otro por una fuerza impulsiva.

Y muy próximos permanecieron callados, alejándose pocos pasos, volviéndose sin mirarse más que de soslayo, cual si ninguna simpatía existiera entre ellos y los hubiese dejado mudos algún agravio profundo.

Iban y venían. Él se echó el sombrero a la nuca, para secarse el sudor de la frente.

Ella arrojó al suelo un higo como enfadada con sus pinchos, y se volvió a las tunas.

Pablo siguió detrás a pesar suyo.

Al contemplarla llena de juventud, moviéndose febril, sentía que la sangre le caldeaba las venas y que un afán desconocido de hablar, de cantar o de sonreír, de modo que ella lo escuchase o lo mirase sin menosprecio o desaire, lo aturdía y hacía vacilar agitado.

Una vez que Soledad se le puso cerca, de manera que a él le pareció que le llegaba el calor de su rostro, removiéndose el labio con una expresión sensual, y dijo al fin muy bajito:

— El chumbo es masiao caliente... Pone como juego la boca.

Soledad hizo un mohín agitando sus gruesas trenzas, y se rió sin mirarlo.

Después pasó rozándolo como una ráfaga; se inclinó hacia el suelo y se puso a atar un zapato cuya tirilla de cuero había aflojado.

Traía en la boca una florecilla azul cuyo tronquito oprimía entre los dientes.

Pablo Luna la observó de costado, inmóvil, y murmuró como hablando solo:

— ¡Quien juera flor!...

En ese mismo instante se oyó la voz del hacendado, que gritaba desde un ventanillo:

— Ya anda por ahí ese vago... ¡A repuntiar a su guarida, roto!

El «gaucho-trova» enderezó callado a su caballo, montó y se fué al tranco, caída la barba en el pecho y los pies fuera de los estribos.

Soledad se puso a mirarlo con aire triste.

IX

Pocos días después hubo faena dura en el campo.

Empezaba la esquila.

Con este motivo habían acudido peones de jornal de todas partes, hasta completar el número de treinta. Casi todos eran hombres muy diestros en el oficio, y que sólo para ese trabajo pesado se reservaban, errando de aquí para allí, de zoca en colodra, o de galpón en «tapera» en términos de la tierra, mientras no llegaban los días ardientes en que el vellón está parejo y la tijera entra en uso.

Mucha actividad, calor excesivo, atmósfera densa se notaba bajo una grande enramada. Cuerpos inclinados, brazos en continuo movimiento, ovejas derribadas, montones de capullos, ruido de latas, algunas voces broncas y jadeantes, balidos lastimeros tras de uno que otro pellizco brutal de la tijera, muchas greñas y barbas erizadas, un poco de risa sonora, sudor a chorros, arrastres de ovinos por la pata en balumba sin piedad, brincos de especial gimnasia por los que ya habían pagado el tributo y se iban reblanquecidos con algún surco rojizo en forma de talabarte meneando el rabo y lanzando una protesta quejumbrosa, majada que llenaba el aire de monótonos ecos revolviéndose en el corral entre un polvo canela fino y sutil, enfardes a prisa, rezongos del capataz, «mangangá» zumbador de aquella colmena que andaba del rincón al centro y del centro al rincón amenazando siempre con la lanceta de su labia tartajosa, mastines que dormían la siesta a los costados de la enramada roncando sin recelo: véase ahí el cuadro.

El ambiente olía a pura oveja. El ruido de las tijeras y el lamentarse de las crías, hacían una música descompasada y chillona. Como efluvios de fiebre maligna, se inhalaban hacia afuera a bocanadas, las múltiples espiraciones de hombres y de bestias.

Bajo la luz solar que hacía reverberos a lo lejos, sobre las altas yerbas inmóviles, uno que otro tordo, con el pico entreabierto, cruzaba el aire en busca del bosque en que guarecerse, con las alas húmedas y tendidas.

Entre los esquiladores estaba Pablo Luna muy contraído y afanoso.

Había venido muy temprano, y pedido al capataz una tijera, diciéndole:

— Aunque de a de balde que juese quiero trabajar. No me desaire. . .

— Gueno — habíale contestado aquél —; pero tené guarda al patrón si da por aquí la guelta aurita no más. Hoy estaba fulo y cuasi me chorrea.

Hemos dicho que don Brígido Montiel era muy bajo de estatura y algo redondo de carnes. Acaso por eso y por su humor acre y agresivo, el capataz lo ponía al nivel del zorrino.

El «gaucho-trova» desde que entró en la enramada se puso a su trabajo sin hablar con nadie, ni levantar la cabeza sino en raras ocasiones cuando así lo exigía la faena.

Nunca reclamaba la paga. Los demás lo observaban en silencio, con extrañeza, y solían cambiar algunas frases a media voz. Pablo Luna, a pesar de todo, continuaba como absorbido por completo en su ocupación, caído el sombrero sobre las cejas, desplegando una actividad nerviosa que llenaba de asombro al capataz. Él solo esquilaba por dos.

Así pasaron horas.

Declinaba el día, cuando don Brígido vino a la enramada después de una vuelta por el campo.

Al apearse, con una mirada de buitre dominó el conjunto y hasta los detalles; y echando la manea a su pangaré, gritó con gran ronquera:

— Hay un peón de más ahí! . . . Ése que se esconde con el capacho y se amorra de puro gusto.

¡No lo preciso, don Sandalio, y despídalo ahora misario!

El capataz quiso balbucear alguna excusa, rascándose la coronilla con una mano y con la otra encajándose un cigarro a medio consumir atrás de la oreja.

Pero el patrón no le dejó hablar, levantando su tono agrio y descompuesto entre injurias brutales.

— Fuera con él... ¡no consiento retahilas, cañejo! De esos «cimarrones» estoy harto y de sus mañas escamado. A los zorros dañinos se les larga los perros si se ofrece. ¡Que cace nutrias y tucos, y a holgar, por su madre!

Don Brígido Montiel parecía presa de una cólera reconcentrada.

El peonaje un tanto sorprendido, siguió el trabajo en silencio, lanzando ojeadas oblicuas al patrón y a Pablo Luna.

Éste se había erguido adusto, arreglándose el cinto y el chiripá, y salídose a paso lento sin murmurar.

Pero esta vez, al alejarse, miró con dureza a quien con tanta frecuencia lo hería. Acomodóse el chambergo a un lado con un movimiento brusco y resolló con fuerza, acaso de fatiga, tal vez de amargura.

Los peones movieron las cabezas y se miraron.

Uno dijo bajito:

— El hombre se va agraviao.

Otro añadió en el mismo tono:

— No hay loro manso cuando le tocan la cola.

X

El resto de esa tarde lo pasó Luna acostado en su rancho, hasta ya entrada la noche.

No pudiendo dormir como era su deseo, abandonó su lecho de caronas, aparejó el caballo y saltando en él tomó la orilla del monte con rumbo al barranco de la Bruja.

De este sitio a la casa de Montiel había corta distancia.

No se daba cuenta clara de porqué iba en esa dirección, y no en otra. Vagamente se dibujaba en su espíritu la imagen de Soledad.

Era una noche de atmósfera serena, tibia, saturada de aromas silvestres, llena de suaves fulgores el espacio y el monte de móviles luces etincelantes sobre las bóvedas frondosas.

La vegetación arbórea orillando los ribazos en toda la extensión del arroyo, atravesaba el valle a lo largo, descendía en los terrenos deprimidos junto a los estribaderos, y perdíase entre dos cerros como una enorme columna de ejército que marcha a la sordina.

Allá en el cauce, las aguas del arroyo, al caer sobre las piedras de un recodo, producían un rumor sordo y semejante al redoble del tambor destemplado.

Uno que otro gorjeo de calandria soñadora, algún grito de buho o leves silbos de zorcales, que tropezaban semidormidos en las ramas, eran los únicos ecos que del monte surgían como toques misteriosos de silencio.

Sobre el conjunto de tupidas hojas, a modo de auri-verdes lentejuelas que relucieran a la tenue claridad de los astros, un mundo de lampíridos y piróforos formaba como una atmósfera de chispas en las copas de los árboles.

Pablo Luna llegó al barranco y de allí pasó a lo alto de la loma. Dominábanse las poblaciones desde ese punto hasta en sus menores detalles. Estaban muy próximas. Ya había concluido la cena hacía rato, pues veíanse vanas personas tomando aire en el lado opuesto de las tunas a cabeza descubierta y en mangas de camisa.

Una mujer había traspasado la línea de las tunas, y dirigíase a paso lento a la loma.

Pablo que se encontraba cerca, en medio de la zona oscura adonde no llegaba el indeciso resplandor de los candiles de los ranchos, reconoció en esa mujer a Soledad.

Entonces volvióse al bajo, o sea al trazo de terreno que colindaba con el barranco de la Bruja.

Ese lugar estaba en tinieblas. El fulgor de las estrellas bastaba sin embargo para hacerlo todo visible al ojo campesino.

Luna se apeó y maneó el caballo.

Soledad llegó a la loma, observó, vio y se estuvo quieta.

Pablo se puso a silbar bajo un estilo con tal afinamiento y dulzura, que pieron algunos pajarillos en el monte desconfiando que ya estuviera encima la alborada. Soledad caminó algunos momentos por la altura, mirando hacia los ranchos. Luego quedóse otra vez inmóvil dando la espalda al vallecito.

El «gaucho-trova» continuó en sus silbos de pájaro selvático cada vez más concertados y armoniosos, con remedo de cuerdas de guitarra y de sentidas querellas.

Después cesó de silbar, y dijo de modo que ella lo oyera:

— Una nadita de favor para el que se va del pago. ¡Haiga cien años de suerte para todos, que nunca he de volver!

Soledad bajó la cuesta. Pareció herida por aquel lamento y aquel adiós.

Y ya a un paso de Pablo, exclamó llena de soberbia.

— ¿Para eso te allegaste? Aunque querés, aura no te has de ir.

Luego cambiando de tono, agregó:

— ¿Qué andas buscando? Nunca me miraste.

— Esto mismo. Si no miré denantes jué por miedo de ser cargoso. Pero ya no puedo... Tengo que mirar o que rumbear a otro pago.

— No has de rumbear matrero!

— Gueno. Entonces me quedo hasta que me manden.

— Asina es. ¿Te se ha figurao que podes mandarte?

Pablo Luna abrió muy grandes los ojos.

Soledad se sentó en los pastos, arrancó un puñado de ellos, y se lo arrojó al «gaucho-trova» con ademán de enojo.

Ante aquella extraña demostración, aumentóse su alegría y sintió que le subía a la cabeza como un vaho caliente.

Soledad se tendió a lo largo, dióse vuelta, rióse fuerte y le tiró al rostro otro puñado de gramilla.

— Parejito que a bagual! — retozó Pablo con risa ahogada, temblándole todo el cuerpo.

— Sentate aquí — dijo ella dando con la mano en el suelo.

El «gaucho-trova» dejóse caer como una bola al lado de Soledad, quedándose en la posición de la caída todavía riendo nervioso, el sombrero en la nuca y el rulo sobre los ojos encrespado y trémulo.

Los dos se estuvieron mirando un largo instante.

De lejos venía la bronca voz de Montiel que hablaba con el capataz sobre las faenas del día.

Ningún otro ruido perturbaba el silencio, salvo el relincho aislado de los potros en el valle.

Soledad que había estado con el oído atento, alzó de pronto la mano y apartó del semblante de Pablo el bucle, murmurando:

— ¡Ojizaino!

Y él, sin prestar atención, como ensimismado, dijo siempre tembloroso:

— Hoy vide pájaros negros en el lomo de un mancarrón agusanao...

— ¿Y qué le hace?...

— La bruja que aquí mataron los perros, aseguraba que era mal agüero aunque se le ajustase al animal una guasca al pescuezo.

Al citar a la bruja, Pablo usó de un tono extraño.

Soledad se incorporó súbitamente, y abriendo bien sus dos manos cogió a Pablo del cuello y lo volteó de costado, así como hacen los cachorros en sus juguetes y revolcones.

— Güeno, — dijo Luna — con una lonja asina, ¡que me desueyen por la virgen bendita!

Y excitándose, añadió:

— Vámonos enancaos.

— No — repuso Soledad estremeciéndose —. Para juir hay tiempo.

— Para mí el mameluco te ha echao el «daño».

— ¿Por qué? — preguntó ella, riendo otra vez entre gozosa y asustada —. Sólo en el mate que juera...

Pablo se excitó más de improviso.

Alargó el brazo, la tomó de un hombro y la arrojó con fuerza de costado sobre los pastos.

Soledad no opuso resistencia, quedándose boca arriba mansa, dócil, insinuante a pesar de aquel manotón grosero.

Una de las trenzas se le había cruzado por el lindo rostro como una banda negra.

Luna la separó de allí con los labios y besó a la joven en la boca cinco y seis veces.

Después la ciñó con sus brazos de la cintura, resollante, la trajo hacia sí impetuoso y la tuvo estrechada largos momentos hasta hacerla quejarse.

La dejó entonces.

Pero como ella no se levantara y le encariñase la barba con la palma de la mano, Pablo volvió a estrecharla con un ahinco extremo oprimiéndole entre los dientes uno de sus hombros carnudos y redondos.

— Me lastimás, bruto — dijo Soledad en voz bajita.

Él dejó de morder, y rióse como una criatura.

La joven se levantó, se arregló las trenzas y fué sin saludarlo.

Pero se iba despacio como sin ánimo de hacerlo, vacilante y suspirando.

Paróse en la loma. En ese momento oyóse encima la bronca voz de don Brígido que decía:

— Tú paseando al raso, y don Manduca a la espera. Acaba de apearse, muchacha, y lo primero ha sido preguntar por la consentida. ¡Date prisa marrullera!

— No ha que dármele — contestó Soledad con desgane —. ¡Que aguante!

— ¡Hem, que aguante!...buena laya de desairar.

— ¡No desairo... ¡y que me importa!

— Desmandada andas, Sólita. ¡Canejo, con la pava de monte!

Y esto diciendo, Montiel se vino hasta el sitio en que se encontraba su hija, quien a su vez andando procuró ponérsele delante a fin de que no viese al «gauchotrova».

A pesar de sus esfuerzos por encubrirlo y arrastrar a don Brígido lejos de allí, éste percibió a Pablo, e incontinenti arrojó un terno sangriento.

Al terno se siguieron dos saltos veloces sin pronunciar más palabra, cual si una cólera irresistible hubiese trabado la lengua del ganadero.

Luna, que se había estado quieto, y casi en cuclillas atento a las voces, no tuvo tiempo de incorporarse, recibiendo de improviso un golpe de puño en la cabeza que lo dejó aturdido. ¡Rotoso! — Rugió recién don Brígido casi sofocado por la ira—. ¡Válgate la suerte que no traigo el cuchillo, mal parido, que sin asco te abría las entrañas!

Y cuando iba a repetir el golpe, una mano nerviosa se posó en su brazo, y la voz de su hija gritó aguda y fuerte a su oído:

— ¡No le pegue, tata!

XI

Al recibir el golpe, Luna sintió subírsele la sangre como un aluvión a la cabeza; y salido de su aturdimiento, tentado estuvo de desnudar la daga.

Lo desarmó, sin embargo, el hecho de ver alejarse a Montiel, a quien su hija había cogido del brazo y arrastraba hacia las casas, en medio de una brega de interjecciones, amenazas y rudos reproches.

Pablo se echó de brazos sobre el cuello de su caballo, ahogándose en sollozos. Apenas podía tenerse de pie. El manso alazán se movía de atrás para adelante, tascando el freno, y luego de costado describiendo semicírculos, como si ofreciese el lomo a su amo que parecía estrecharlo en medio de su congoja, como a su único amigo.

Al fin montó y fué por la orilla del monte.

Junto al barranco de la Bruja se paró de golpe y extendió hacia él las dos manos con ademán tétrico y extraño.

Sin balbucear palabra, siguió su camino casi errante entre las sombras, a solas con sus instintos en el matorral abrupto, sin luz clara en el cerebro, amargada por el hondo agravio su pasajera alegría, absorto en su dolor.

Era el camino seguido el mismo que en otro tiempo emprendió con el cadáver de la bruja a cuestas; de aquella bruja que él parecía tener motivos para amar hasta más allá de la tumba. Anduvo largo trecho. Entró al potrill oscuro.

Se apeó de pronto, arregló el recado con mano convulsiva, y rompió a llorar. Después alzó crispado el puño, conjuró a grandes voces la sombra de la bruja, y tirándose al suelo boca abajo se mantuvo en esa posición un gran rato, cual si buscara esconder su semblante debajo de tierra.

Entre sus gemidos lúgubres pronunciaba la palabra mama, con una especie de unción casi religiosa.

El cadáver apretado entre leños parecía constituir su embeleso, pues atraía con frecuencia sus miradas.

Desvariaba con el «daño»; con los pájaros negros que había visto en el lomo de un animal enfermo; con el ñacurutú que servía de imaginaria al féretro colgante. En ese estado, sus miembros se estremecían, hundía el rostro en el suelo, hacían trémulos sus espuelas.

Concillado el sueño, a las dos horas se despertó sobresaltado con los ojos extraviados y la cabellera revuelta. Miraba a todos lados con cierto azoramiento. Dió algunos pasos temblando, con las manos extendidas. Sin duda en sueños, por su imaginación ofuscada cruzó un fantasma sangriento enseñando anchas heridas a través de sus harapos; fantasma que huía perseguido por una banda de perros famélicos, veloces monstruos de erizados pelos y agudos colmillos.

Pasándose una mano por los ojos sacó a medias la daga de la vaina, observó a una y otra parte con aire de sonámbulo y volviendo al fin a su ser, quedóse taciturno.

El cuerpo de la bruja reposaba entre los árboles circuido de hojarasca y enredaderas: junto a él inmóvil, el buho mantenía fijos sus ojos como dos grandes tucos en el gaucho desalado.

Volvióse a arrojar al suelo, y quedóse de nuevo quieto largos instantes.

El alazán daba vueltas sujeto por el cabestro del brazo de su amo, y de vez en cuando bajaba y sacudía la cabeza resoplando.

Estos resoplidos concluyeron por hacerle levantar la suya dolorida, y tornó a ver al lado del ataúd colgante, al ñacurutú que lo miraba silencioso. En su extravío imaginóse que los redondos ojos del buho no reflejaban ya una luz amarilla, sino un destello rojo que venía a herirlo en las pupilas como un dardo de fuego.

Se incorporó hablando incoherencias, un idioma incomprensible, cual si conversara con la sombra de la bruja. Seguía llamando a ésta su madre, en medio de la jerga en que estallaban sus instintos.

Por último, dirigió el brazo tendido hacia la isleta en que dormía Rudecinda su sueño eterno, y lo agitó en señal de adiós. El buho, a su vez, batió sus alas sin ruido, como si fueran de felpa. Pablo saludó también a ese centinela de morrión de plumas, que defendía de los insectos a la pobre muerta.

Se arrojó a los lomos a plomo y recommenzó a andar. Pero no se dirigió a su rancho.

Vagabundo por el valle, por los ribazos por los estribaderos, escudriñando sendas, sondando el vado del arroyo, volviéndose por el mismo camino recorrido, desmontándose aquí y corriéndose como un duende por acullá, fugaz, misterioso, transcurrieron para él las horas como segundos, y sorprendióle la alborada en un escondrijo del monte con el gesto sombrío y la mirada torva.

Dolía la cabeza y le aturdiría un zumbido sordo, — Se me hace camoatí — se dijo, como desvariando y dándose con el puño en la sien.

Recién con el sol alto concilló el sueño.

Durmió poco, tirado en los pastos. Dejose estar sin embargo hasta la hoia de la siesta; esa hora en que los rayos solares caen rectos, la atmósfera ahoga, semejan pequeñas lagunas las maciegas en lo hondo de los valles; el chajá entreabre las alas entre los vahos del cieno, hace su música de mil élitros todo un mundo invisible y reina soberana la cigarra aturdidora con el coro de flautas de los arbustos.

Fué la que eligió Pablo para moverse. Tenía la seguridad de no ser visto, porque todos debían dormir a la sombra de los árboles o de las enramadas a esa hora de pereza y de modorra.

Salió paso tras paso del monte. Penetró en el valle lleno de ganados. Se detuvo a cierta distancia y paseó una mirada al parecer vaga, sin objeto por el campo.

Por algunos momentos se fijó en ciertos sitios y matorrales muy espesos.

La tierra era muy rica y fecunda en aquel valle.

Las lluvias de la pasada estación habían sido abundantes y regulares a períodos; el agua había penetrado bien en el suelo, de una capa superior negra y fértil, en partes ligeramente ondulada con desagües del arroyo. En otras de corta extensión, presentaba pequeños bañados cubiertos de juncos, duraznillos blancos y maciegas secas muy nutridas.

La gramilla, el trébol, la cola de zorro, habían crecido desmesuradamente elevándose en enormes haces sobre el nivel. Eran millones de aristas verdi-amarillas de profusa variedad que remataban en puntas, penachos y borlones con las flores azules de los cardos, los ramilletes mustios de la cicuta y los oscuros racimillos de los saúcos.

En el centro del valle llegaban a cubrir hasta el vientre al ganado mayor. La zona reservada al ovino se hallaba al lado opuesto de las poblaciones. Algunos «ñandúes» se movían entre el profuso pastizal de que hablamos; pero de ellos sólo se veía con la cabeza parte del largo pescuezo. Pablo Luna observaba el paisaje, cual si por primera vez le llamase la atención. Luego encaminó su caballo al rancho. En su rostro había una expresión siniestra. Parecía absorbido por una idea tenaz o dominado por la fuerza de terribles instintos. En el mirar torvo y en una mueca amarga que contraía su boca, fácil era adivinar lo que pasaba en el interior de su cerebro. La exasperación de sus nervios le hacía rechinar los dientes aun dormido; pero ese rechinamiento, en el instante a que nos referimos era mayor que de costumbre. Paróse al frente de su miserable vivienda y desde allí miró nuevamente el valle, la casa distante, los corrales, la «manguera», el mar de hierbas, el maizal del fondo, todo lo que se destacaba a su vista bajo los rayos de un sol esplendoroso. Y después de mucho mirar, movió de uno a otro lado la cabeza lanzando un eco ronco. Tiróse del caballo de un salto, lo desensilló y fué a sentarse a la sombra en un cráneo de vaca. En seguida se puso a picar tabaco con el cuchillo. En esta operación se estuvo largo rato, deteniéndose a veces para descansar el brazo sobre la rótula y permanecer con la vista en el suelo en hondo abismamiento. Caíale en la mejilla sudorosa el rulo negro y brillante que le envolaba el párpado de semipliegue y de vez en cuando lo sacudía arrojándolo hacia atrás con un movimiento enérgico. Y volviendo al fin la hoscosa mirada al valle, exclamó:
— ¡Osamenta, gusano y pasto seco!

XII

De pronto, sintiéndose con apetito, púsose de pie y con una actividad que pocas veces había desenvuelto para atender a sus propias necesidades, amontonó gruesos troncos secos con los que hizo frente al rancho un gran fogón. En esta diligencia empleó algún tiempo, pues primero tuvo que comunicar el fuego a un puñado de aristas por medio de los «avíos» o sean el eslabón y la yesca. Trajo luego del interior un trozo de carne de una oveja que había degollado el día antes cerca del monte; lo echó sobre los troncos ardiendo, dióle varias vueltas hasta que chorreó la grasa, revolcólo en la ceniza, y considerándolo ya

listo a media cocción empezó a comerlo a regulares bocados que cortaba con la daga a una línea de los labios.

Satisfecho su estómago, púsose a otra tarea.

Extrajo de una bolsa vieja y agujereada que había en un rincón del rancho algunos pedazos de grasa y sebo, que dividió y adelgazó con la daga.

En seguida hizo añicos la lona de la bolsa de manera que sus hilachas y desechos formasen como una estopa; y con estos desperdicios envolvió aquellas materias, confeccionando cuatro líos pequeños, inflamables ai menor roce del yesquero.

Los ató con un pañuelo cuidadosamente para que no se deshicieran.

Después hizo una mueca siniestra, levantando el puño con sorda cólera.

Salió, respiró a sus anchas, escudriñó el valle, y a poco volvió a caer en una cavilación profunda.

Algo le preocupaba tenazmente. Llegó a balbucear el nombre de Soledad.

Transcurrida media hora, durante cuyo lapso de tiempo ora se estuvo sentado con las dos manos en el rostro, ora se paseó inquieto, recostando por instantes la cabeza en las paredes del rancho, pareció entrar en cierto sosiego, como quien ha concebido un plan práctico y encontrado los medios necesarios para realizarlo en todos sus detalles por arduos que fuesen.

Y así debió ocurrir en los recónditos de su cerebro, antes atormentado; porque cogiendo su guitarra empezó con maestría a rasguitarla y luego a canturrear con una voz dulce de calandria enferma.

No duró mucho su concierto a solas. Puso de súbito la guitarra junto al lío del pañuelo, y se tendió boca abajo en la sombra del alero.

A poco dormía.

Se despertó tarde, cuando el sol había bajado el horizonte formado por las cumbres de la sierra, y sólo un resplandor indeciso dejaba entrever a medias los bultos en el valle.

Soplaba un nordeste casi tibio de ráfagas desiguales que, sin ser violentas, doblaban los penachos y ponían en columpio los juncas de la ribera.

Pablo Luna aderezó su alazán tranquilamente, colocando pieza por pieza del recado en sus lomos con la mayor prolijidad; apretóle bien la cincha, arregló con cariño el lazo a grupas, ató el «vichará» a los tientos y al fiador un pedazo de churrasco y una calderilla.

Acomodóse las boleadoras en la cintura, abajo del tirador; el pañuelo encima de éste, con sus cuatro líos juntos en forma de canana por delante; la daga a un costado con la empuñadura saliente; la guitarra a traseras del lomillo. Palmeó suave el alazán.

Después de este trabajo descansó.

Cerraba la noche. Algunos nubarrones en forma de montañas proyectaban su sombra en el valle modelando grandes placas negras sobre el mismo fondo

oscuro, por lo que no hubiera sido fácil al ojo más avisador percibir allí ningún objeto.

Pasadas las diez, el «gaucho-trova» montó en su alazán y descendió al valle, encaminándose por el lado del monte. Era la hora en que los zorros gritan y canta la corneja. Aparte de esos ruidos, el reposo era profundo.

Pablo no apuró su cabalgadura. Mantuvo la marcha al trote, largo rato, sin tropiezo, confiado en el mutismo de los campos y en la obra del misterio.

Deslizábase al reparo de la cortina del monte como un duende.

Detúvose por fin en el barranco de la Bruja, allí donde era más ancho y crecían más compactas las malezas. Rumor alguno perturbaba la calma de aquellos lugares desiertos.

El «gaucho-trova» se apeó, y echando mano al pañuelo extrajo una de las mechas que en él iban atadas.

Bajó al barranco, introdujose en lo intrincado de la espesura a favor de los brazos y de la cabeza, dio fuego al yesquero cuyas chispas se transmitieron a la estopa, sopló algunos momentos y sobrevino la llama. Colocó entonces la mecha bien debajo, y se volvió al sitio en que estaba su caballo.

A los pocos minutos la maleza despidió humo espeso, y luego empezaron a asomar lenguas rojas por los huecos de la maraña.

Pablo Luna montó y encajó rodajas con energía derecho al valle. Su caballo se lanzó al gran galope.

Fué casi una carrera, cuyo ruido amortiguó el espesor de las hierbas.

A una milla del barranco, la diestra mano del jinete paró al alazán de golpe.

El sitio de esta nueva etapa hubiese ocultado aun a medio día a un matrero, por lo elevado y nutrido de su vegetación herbórea.

Pablo hizo en este paraje lo mismo que acababa de efectuar en el barranco. Otra mecha ardió; simultáneamente se prendieron fuego los pastos con una celeridad vertiginosa, y el jinete tornó a emprender su carrera, esta vez con mayor ímpetu hacia el centro del extenso llano.

Aquí, el voraz elemento tenía de sobra para alimentarse. A más del pastizal enorme había acá y acullá maciegas de paja brava, multitud de arbustos, en su mayor parte secos.

Luna arrimó la chispa al combustible; y, cerciorado de que todo aquello sería pronto ceniza negra, arrancó rumbo a los estribaderos de la sierra, a cuyo pie se extendía la zona sembrada de maíz.

En medio de la oscuridad, cual si ella no existiera para sus ojos de buho, enderezó al sitio, espantando al ganado que bufaba a sus flancos; y un rato después, una luz viva se alzaba entre las gramíneas.

Cuando volvió riendas, espoleando a su caballo bañado en espumas, una claridad intensa inundaba el campo, y los animales en grandes agrupaciones

empezaban a agitarse de uno a otro lugar, entre ligeros mugidos y relinchos, preludios del colosal concertante que en breve debía suceder al estallido del incendio.

El «gaucho-trova» castigó a dos lados, lanzándose a toda rienda a la parte opuesta de los cerros, en cuyas faldas estaba su guarida.

Entre el monte y el valle había una zona despejada que servía de camino; el escogido siempre por Luna en sus excursiones, y el único que aparte del sendero del barranco, podía favorecer contra las llamas la fuga de los moradores de la estancia.

El rancho de Pablo distaba poco de este camino.

No había más que trasponer los estribaderos y salvar algunos matorrales y encrucijadas, para colocarse en su promedio y dominar la salida.

Parece que éste era el intento del «gaucho-trova», porque azotaba sin descanso para ganar largas al tiempo.

El alazán alcanzó pronto los estribos de los cerros, devorando el espacio; deslizóse por el camino que orillaba el monte y puso término al frenético galope en su misma querencia, casi a la puerta del rancho.

Imponente era el espectáculo que se dominaba por completo desde esa altura.

El mismo Pablo sintió un gran temblor en todos sus miembros, que él llegó a vencer con un acceso de rabia.

XIII

Los altos pastos y pajas bravas ardían en una vasta extensión, irradiando vivísima lumbre en las alturas y a lo largo de las laderas.

Sobre el haz de la zona opresa por paralelas de cerros pedregosos, alzábanse viboreando enormes lenguas de fuego; y allí donde más nutridas eran las totoras, formábanse deslumbrantes corolas entre sordas crepitaciones y millaradas de chispas.

Por pavorosas estelas de brasas pasaba el ganado huyendo. Parecía presa del vértigo. La pezuña del enjambre removía y hacía trizas las ascuas, despidiéndolas hacia atrás, entre torbellinos de cenizas ardientes. Muchos toros, con las guedejas y borlones chamuscados, ganando la delantera en medio de roncós bramidos, se apretaban en los fatídicos senderos; uníanse los ludimientos de sus guampas al fragor de los troncos que estallaban bajo la presión de la hirviente savia.

Al empuje formidable de la piara despavorida, rodaba estrujado entre las llamas de los flancos el ganado menor que no había atinado a guarecerse con tiempo en los ribazos del arroyo; y al olor de la lana achicharrada se mezclaba el de la cerda

y el de cien malezas consumidas por tenaz voracidad, acumulando en la atmósfera gigantescas volutas de humo negro, sembrado de fugaces luminarias. Las faldas de la sierra, en otras horas sombrías, aparecían en ese momento como vestidas de erciopelo color sangre, a su vez recamado de cenicientos visos que los gases simulaban al flotar en densos nubarrones sobre los abismos y estribaderos. Los peñascos de las bases y de las cumbres, heridos por el vivo reflejo del incendio, resaltaban en la costra como deformes verrugas de un tinte roji-amarillento.

En medio de aquella atmósfera irrespirable, llena de vapores, ruidos y estrellas errantes, los bramidos y relinchos por muy atronadores que fueran, no alcanzaban a cubrir los gritos enérgicos de los hombres, que se alzaban como notas sobreagudas en la heroica lucha con el incendio.

El maizal nutrido, a manera de centro de una línea de batalla en orden cerrado, chisporroteaba ensordecedor, al abrirse en rosetas los granos de sus espigas.

En el recodo del valle una manada de yeguas ariscas, formando herradura, con las ancas puestas hacia el sitio en que dominaba el fuego, distribuía un diluvio de coces a las llamas que iban aproximándose con una celeridad terrible.

Aquellos animales, revueltas las crines, el ojo aterrado, las narices como hornallas, las pieles trasudantes entre borbollones de espumas, se habían detenido junto a unas rocas acantiladas, de cuyos resquebrajos surgían hacia afuera, a modo de arpones, multitud de arbustos espinosos de ramas cortas y duras.

Combustible de fácil presa, este enmarañado bosque había ya recibido en su seno algunas aristas ardiendo, disparadas desde lejos con la violencia de proyectiles.

La maraña empezaba a crepitar, y una que otra culebra de fuego tras una bocanada de humaza, escapábase de la espesura oscilante y fatídica.

Hurones y lagartos corrían veloces por todas partes, buscando dónde sepultarse de cabeza, metiéndose y saliéndose de sus cuevas con una rapidez pasmosa. Raudas bandas de murciélagos cruzaban entre chirridos la humareda. En las bocas lóbregas de ciertas grutas, removíase todo un enjambre de alas de otros tantos quirópteros, que se azotaban con ellas en la prisa de la fuga, cayendo a montones en el tropel a pocas líneas de las brasas.

Al sitio donde las yeguas estaban, no distante del «rancho» de Pablo Luna, vió éste llegar de improviso dos hombres de los del servicio de pastoreo; quienes, bastante osados para arrostrar el peligro, echaron el «lazo» a uno de los yeguares y dieron con él en tierra.

Matáronlo en el acto; lo abrieron a sendas cuchilladas del pecho al vientre de modo que quedasen a medio salir las entrañas; liaron con los extremos de sus «lazos» de trenza un remo delantero y otro trasero de la yegua destripada; y

espoleando sus caballos comenzaron a arrastrar aquel montón de carnes y de huesos por encima de los pastos encendidos.

Corrían bien separados uno de otro por terrenos que el fuego no dominaba todavía, en tanto los despojos sangrientos que formaban como el vértice del ángulo, rodaban sobre el fuego apagándolo a trechos, y a trechos difundiendo hacia otros lados sin atenuar su violencia.

En pos de ese tren lúgubre, quedaban algunas ranuras o isletas negras circunvaladas de llamas.

Ante esos desesperados afanes, que él observaba impasible, el «gaucho-trova» murmuró;

— Es al cohete. ¡Al viento no se asujeta como a la yegua por los garrones!

En realidad el nordeste soplabla con fuerza empujando las llamas hacia la «enramada» y la huerta, que estaban a corto espacio de las casas.

Pablo Luna había escogido bien la oportunidad para dar cima a su obra destructora.

El desastre completo parecía inevitable en un campo de altos pastizales y cardos ya sin verdor, de chilcas, juncos y espadañas. Todo ardía como yesca.

Vió Pablo en aquel recodo del valle, verdadero desvío infernal donde las yeguas ariscas habían hecho semicírculo pateando las llamas en vez de huir, cómo se incendiaba la maraña veloz e ibase formando alrededor de las rocas un festón de fuego tan vivo y poderoso, que los yeguares más azorados se revolvieron al fin, enviándole redobladas coces, en tanto el voraz elemento avanzando por el frente, convertía en pavesas sus crines y copetes.

Luego las llamas de uno y otro extremo llegaron a confundirse: cuerpos negros se debatieron desesperados en el centro entre lúgubres relinchos tropezando, cayendo, levantándose para volver a derrumbarse en espantoso tumulto. Una tromba de humo negro cuajado de chispas se elevaba a grande altura bajo la gira frenética y loca; trilla de brasas que volaban en infinitos átomos a todos rumbos bajo los cascos furiosos, y se incrustaban en los cuellos y lomos como verdaderos tábanos de fuego.

Instantes después, la columna de vapores fué más densa y opaca, y un olor de carne achicharrada se difundió con fuerza en la atmósfera. Había concluido en el lugar fatídico la lucha heroica del instinto contra la muerte.

Con la cabeza hundida entre las manos, lívido, desgredado, el «gaucho-trova» no apartaba del cuadro sus ojos inyectados de sangre.

Sólo cuando el fuego impelido por el nordeste estuvo cercano a las casas, saltó a su alazán y alzando el rebenque dió un grito de fiera, saliendo a media rienda por la orilla del monte rumbo al barranco de la Bruja.

XIV

Hemos dicho que don Manduca Pintos había llegado a la estancia la noche anterior, y que, con este motivo, Montiel había ido en busca de su hija produciéndose la escena violenta del vallecito y de la loma.

Siempre que el ganadero riograndense venía a la estancia, pasaba dos o tres días en compañía de su amigo, no sólo por razón de los negocios de campo en que eran copartícipes desde varios años atrás, sino también por el interés de estrechar más sus vínculos de afecto con Soledad que estábale reservada para compañera por la voluntad paterna.

Don Manduca no era hombre hábil para agradar con la palabra y los modos; pero en cambio, manifestaba cierta sinceridad de intenciones que lo hacía tolerable y casi admisible en el sentir de la criolla. Algunos regalos de dudoso gusto complementaban su relativa obsecuencia. Bajo otro aspecto, solía avanzarse en sus demostraciones amorosas a título de posesión interina; por lo que Soledad lo tenía a distancia, sin dar tampoco mayor importancia a sus licencias, sin duda porque no se había penetrado de lo que significaba todo aquello de juntarse a un hombre de por vida.

Pintos dormía en el mismo departamento que don Brígido; de modo que a dúo sus ronquidos forzaban obstáculos y trascendían al de Soledad, por otra parte muy habituada a aquella música gruñona.

En la noche de que hablamos, el concierto estaba en auge desde las nueve y media. Soledad, embargada todavía por las impresiones del suceso de la loma en la noche anterior, era tal vez la única que no dormía.

El hecho la había herido, ahondado un poco su acrimonia, y aun producido un surco en su corazón entero. Sentía algo extraño que no era vergüenza, ni lástima, ni pasión, sino las tres cosas reunidas.

Su padre había pegado a Pablo en su presencia; hasta le había dicho ladrón... Estaba ella confusa y colérica al solo acordarse de esa bárbara escena. Después la maltrató a ella misma de palabra, y la hubiese castigado con el rebenque en las casas, si don Manduca no lo sujeta de los brazos, y la ampara con su cuerpo. Esto había sido terrible, y llegó ella a enconarse, a retraerse con dureza. Conservaba persistente el rencor. Mortificábale de una manera aguda el recuerdo y quisiera borrarlo de su memoria.

No podía; y esto aumentaba su simpatía, su cariño por Pablo a quien habría deseado ver cerca de ella para consolarlo. Llegó a pensar mal de su padre y a aborrecer a Pintos.

Aquel pobre «gaucho-trova» lindo, esbelto, extremoso en sus caricias tenía el ardor y el gusto de la miel del monte. Después, ¡tan triste como un pájaro solitario!

Sus besos fogosos sonaban aún en su boca; y a su dejo perdurable, entreabríanse a Soledad los labios muy bermejos en fruición solitaria, y ondulábale el alto seno cual si oyera cerquita, en la oreja, una canción de amor. Y aquel modo de manotearla, de rendirla y de reír como un muchacho inocente, al punto de no haberse ella sentido con fuerzas para estorbarlo!

Sentía también en el hombro carnudo el fuego de su boca y en la cintura la presión de sus dedos delgados y nerviosos que la oprimieron como a guitarra. Y así recordando, volteó de lado la cabeza suspirante; y concluyó por dormirse con una expresión de goce voluptuoso en el rostro.

Fué cerca de media noche que Soledad despertó sobresaltada.

Por las rendijas del ventanillo le llegaba como un trueno sordo entre infinitos clamores.

¿Qué sería eso?

Restregóse los ojos, vistióse a la ligera, encajó los pies en los zapatos y corrió al ventanillo abriéndolo de un tirón.

Hirióla de súbito la realidad; humo y calor la sofocaron.

Abandonando entonces el sitio precipitóse al cuarto del ganadero, y en seguida a la puerta, atrepellándolo todo en las tinieblas.

No atinó a llamar a su padre ni a Pintos, pero reuniendo todas sus fuerzas ahuecó sus dos manos en la boca, gritando desolada.

— ¡Paulo! ¡Paulo!

Su voz no tuvo más alcance que el de una de tantas chispas que saltaban fugaces al espacio para apagarse de súbito a mitad de su trayectoria. Los fragores aumentaban en todos lados. Entonces dió vueltas a los ranchos como loca.

Por doquiera fuego y humo en grado progresivo, ladridos, gritos lejanos, relinchos agudos, fuertes detonaciones cual si en el valle, en las lomas, en las sierras trabaran hombres y bestias un combate a muerte en medio del incendio gigante.

XV

Antes que Soledad se despertara y se precipitase fuera de los ranchos, su padre, madrugador de buena ley, recibió en el primer sueño una sensación extraña en el olfato y un rumor inusitado en el oído. Se sentó ágil en la cama y prestó atención. El ruido que venía de afuera no era la sierra que se desmoronaba, pero sí algo no menos formidable.

Don Brígido Montiel sin despertar a Pintos se arrojó de la cama al tremendo rumor, y salió dando voces imponentes con un cuchillo en la diestra.

Ningún peón contestó a su llamado.

Antes que esperar sus explosiones los pastores prefirieron escaparse los unos, y otros más fieles y animosos habían decidido combatir el incendio sin esperar órdenes.

Montiel se encontró al frente de una barrera de fuego. Gritó; clamó furibundo.

Una zona de pastos cortos que rodeaba los corrales, aún no había sido invadida.

Allí estaba su caballo de trabajo atado a un poste fornido.

Montiel se dirigió corriendo al sitio Barbotaba sangrientos temos y juramentos que parecían ronquidos felinos.

Multitud de animales pequeños salidos de las asperezas próximas a la sierra se apiñaban en el terreno libre, dispersándose a su paso o cruzándose por entre sus piernas con la rapidez del pánico apereaes, iguanas y hasta zorros de pelaje plumizo.

El ganadero repartía golpes de rebenque con su izquierda y de cuchillo con la derecha hirviendo en cólera y apurándose por llegar a su caballo.

Éste hacía giros vertiginosos en torno del poste sin poder desprenderse del maneador que a él lo retenía, ni romper el bozal a cuyo fiador ceñía el otro extremo de aquél una fuerte presilla.

El animal bufaba azogado multiplicando sus encabritamientos y corvetas a medida que el maneador se iba arrollando en el madero y disminuía el radio de acción.

A cinco o seis pasos del caballo, don Brígido envainó el cuchillo y se inclinó ágil para coger la soga.

Tenía el brazo arremangado hasta cerca del hombro, y su mano casi convulsa empezó a registrar los pastos.

Como viese algo negro y tornátil que se movía rápidamente ondulando cerca del poste, creyó fuese el «maneador», y lo aprehensó por el medio, teniendo cuenta de no ser enredado y derribado en el arranque por alguna lazada traidora.

Pero, en el momento mismo, aquello que él creía parte del «maneador» escapósele de entre los dedos entre vigorosos retorcimientos.

Era un cuerpo vivo, grueso y escamoso cuyo roce lo heló de espanto.

Sonó un silbido agudo: e inmediatamente sintió Montiel que el reptil — pues era un crótalo poderoso — se le enroscó en el brazo donde hincó los colmillos.

Enfurecida por el fuego, la víbora había acumulado en sus glándulas gran suma de mortal ponzoña.

Montiel dio un grito de rabia y de dolor, y volviendo con toda su fuerza el brazo izquierdo, descargó un golpe de rebenque sobre el reptil, que en vez de abandonar la presa, escurrióse ligera hacia arriba y lo mordió en el cuello de toro.

Luego lanzó otro silbido, y se hizo una rosca en el pescuezo que apretó súbitamente con sus terribles anillos.

Montiel sofocado abrió los brazos, y se desplomó en los pastos.

Su rostro amoratado apareció espantoso a la luz del incendio; por el brazo y cuello corríanle hilos de sangre negra. Los ojos fuera de órbitas tenían una expresión de fiera estrangulada.

El caballo, que había destrozado el «maneador» en una suprema sacudida, dio un brinco y pasó por encima de su amo tirando coces.

XVI

Aunque de sueño pesado, don Manduca Pintos sintió los gritos de Montiel. El calor en grado extremo lo había bañado en sudor, y la humaza espesa penetrando por las rendijas de puerta y ventanillo hacía imposible la permanencia dentro del rancho.

El riograndense se revolvió sorprendido; llamó a su compañero inútilmente; se arrojó del lecho presuroso, y a medio vestir salió al campo en busca de su picazo. Costóle trabajo aparejarlo junto a la enramada.

La humareda envolvía en espesa capa todos los objetos; cruzaban por doquiera sombras veloces; los ruidos eran colosales.

Sin perder la serenidad don Manduca concluyó su faena, volvióse a las casas, buscó a Montiel y no hallándolo se lanzó al valle.

Iba vociferando, y sus acentos parecían ladridos. Pero estas voces no encontraron eco.

Un lago de fuego se extendía delante avanzando al soplo del viento en oleada gigantesca, el humo cubría toda la atmósfera haciéndola irrespirable, un millón de chispas se elevaban en torbellino formando trombas mugidoras, y entre resplandores color de sangre solían cruzar como saetas de uno a otro extremo fantásticos jinetes cuyos caballos parecían alados y arrojar fuego por las narices a manera de apocalípticos dragones.

Con los gritos potentes de Pintos coincidían otros gritos extraños, formidables. Nadie oía. Se luchaba aisladamente en trazos dispersos de terreno, cada uno por su cuenta, por acto de conciencia, por hábito del peligro. A los confusos clamores de los hombres hacía coro un bramido permanente, estridor de hierros, crujidos de breñas incendiadas y de cañas al reventar como bombas de espoleta, Don Manduca retrocedió ante una avalancha de novillos furiosos.

Las briznas ardiendo cual sopladas por inmensos bodoques empezaban a salpicar cerca del palenque estallando como cohetes voladores.

Pintos clavó espuelas, volviendo riendas a las casas.

Su picazo voló como temiendo sentar los cascos en el suelo que venían las llamas arrasando.

— ¡Erigido! — gritó con energía.

Y repitió por tres veces su gran voz dirigiéndola a todos vientos.

No obtuvo respuesta. Los ladridos de los mastines enfurecidos salían del lado opuesto de las casas casi ahogados por cien rumores como del fondo de una gruta.

Perdido entre densos nubarrones estuvo a punto el jinete de dar contra los muros de las casas; pero la débil luz de un candil que proyectábase hacia afuera le permitió sujetar a tiempo su cabalgadura.

En seguida y rápido en todos sus movimientos sin pérdida de segundos, el ganadero pareció haberse resuelto a una empresa atrevida, vista la enormidad del desastre; porque dando vuelta casi entera a los ranchos en cuya gira se agitó su picazo a saltos de cabra montes mordiendo el freno, tiró a dos manos de las riendas frente a una puerta, aplomó al caballo de súbito con el tirón bestial, alargó el brazo fornido y cogió de la cintura a una mujer, cuya silueta se destacaba apenas entre la humaza que circuía las poblaciones.

Esta mujer, que era Soledad, fué levantada como una paja por aquel brazo musculoso y sentada en el crucero del caballo en un momento.

— ¿Quién me agarra? — preguntó la criolla casi sofocada.

No le contestó más que un resuello de buey.

Tras de un nuevo estrujón, volteó a un lado la cabeza desvanecida.

El caballo revolvióse con su doble carga, y arrancó a escape rumbo a la loma.

A un costado la troja ardía chisporroteando a modo de descomunal pabito, y con su vivo resplandor alumbraba el sendero de las tunas y la falda de la colina.

¿Cómo pudo arder tan pronto? De esto no se dio cuenta don Manduca. Dentro de la zona aún no dominada por el incendio era la troja por él construida lo único que llamareaba cual inmenso hachón funeral de aquella morada convertida en sepulcro, o como roja luminaria encendida para mostrar en las tinieblas el camino de la fuga.

En brevísimos instantes Pintos alcanzó la loma, aspirando el aire menos impuro a dos pulmones.

Pero otra sorpresa terrible paró de golpe su caballo, el barranco de la Bruja nutrido de malezas ardía en toda su extensión reventando como granos de sal penachos, alcachofas y borlones y desprendiendo de sus antros mefíticos vahos que impregnaban por doquiera la atmósfera.

Ante aquel límite infranqueable y aquella hondonada profunda de donde salían mil lenguas de

fuego que lamían ya los pastizales del vallecito amenazando llevar el estrago hasta la altura, hasta los agaves, hasta las poblaciones yendo al encuentro de las llamas cada vez crecientes que avanzaban de la gran llanura; en presencia del peligro inminente de morir abrasado dentro de un círculo de espantosas hogueras, símil completo del infierno de las estampas, el ánimo de Pintos vaciló

y acometido al fin de alguna pavora procuró orientarse, inquiriendo una salida antes que el círculo se estrechase.

El calor subía de punto hasta hacerse intolerable, caía el sudor de su rostro a chorros sobre el cuerpo de Soledad, que parecía muerta, el humo aumentaba sus volutas opacas rodando en bajo nivel en remolinos, y el caballo lleno de espuma brincaba trémulo de terror a todos lados, con la boca ensangrentada y las fosas nasales muy abiertas a modo de hornallas encandecidas.

Don Manduca pensó en su angustia que lo mejor era recostarse al agua y seguir la orilla del monte hasta el vado; una vez en éste, la salvación era segura, porque detrás estaba la sierra con sus frescas cañadas y su oxígeno sin miasmas.

Cuando ya se disponía a seguir adelante cerrando los ojos al peligro, tuvo otra vez que sujetar los ímpetus de su caballo ante un ruido sordo y siniestro.

En el momento mismo un gran grupo de animales vacunos en frenética carrera cruzó a pocos pasos haciendo estremecer el suelo; y estos animales con el asta baja y semí-chamuscados bramaron embravecidos frente al barranco, y al fin se lanzaron por encima de aquel purgatorio en tremenda balumba salvando unos y derrumbándose otros en la cuenca hasta formar estos últimos con sus cuerpos amontonados algunos huecos oscuros en la línea del fuego.

Habían enderezado por instinto hacia el sendero que daba acceso al borde opuesto y que ellos mismos habían modelado con sus plantas cuando se dirigían al abrevadero del monte. Los cuerpos se sacudieron en aquella parte del barranco breves instantes y dispersaron con sus movimientos de agonía las llamas voraces, quedándose pronto inmóviles sobre su lecho de carbones encendidos.

La tropa vertiginosa parecióle a Pintos una manada de monstruos castigada por látigos de hierro candente; y desatinado, casi en extravío, se precipitó sobre aquel puente lúgubre a cuyos lados se arremolinaban las lengüetas insaciables lamiendo la piel de los toros.

Ya a un paso del puente improvisado asaltóle la idea de arrojar su carga para atravesarlo mejor; pero cuando a ello se disponía, dos brazos, los de Soledad que volvía a su ser de súbito al influjo de la atmósfera abrasadora, se ciñeron como tenazas a su cintura.

Don Manduca encajó las espuelas a su caballo que bajó al barranco a tropezones y se sentó dos veces de manos sobre las reses derrumbadas; y sin abandonar la rienda, oblió por desasirse de la criolla con su mano de hierro.

Soledad al sentir el estrujón bestial dió un alarido. Fué su grito tan desgarrador que el caballo pujó valiente y en un arranque desesperado tentó alcanzar el opuesto linde; pero sus remos delanteros se doblaron de nuevo bajo el peso de la carga...

Don Manduca dominado por el pánico y dando suelta a sus instintos cogió a Soledad de las trenzas, sacudióla con fuerza irresistible y logrando desprenderse de sus brazos, la derribó a un costado.

El cuerpo de la joven cayó inerte sobre los de las bestias agrupadas, a un paso de las llamas.

A la voz intensa que ella lanzó había contestado otra, más semejante al roncar de un tigre que a un acento humano.

Pintos se imaginó en su desvarío, que era la voz de la Bruja; y al mirar a su frente entre la humareda clareada por el viento, alcanzó a percibir un rostro pálido de ensortijados cabellos y expresión diabólica.

XVII

Cuando Pablo Luna, abandonando su punto de mira precipitóse de nuevo al llano con dirección al barranco, llevaba en su cabeza una tormenta. Lo que dentro de ella pasaba guardaba armonía con las escenas que se desenvolvían en el campo de Montiel.

A la vez que instintos de exterminio y de venganza implacable, de ésos que en un organismo rudo no parecen nunca satisfechos en presencia del estrago mismo, yendo más allá que los de la alimaña inconsciente, agolpándose a su cerebro impetuosas algunas ideas nobles, fugaces relámpagos de sus pasiones férvidas tan puras y sencillas cuanto eran de toscamente virginales. Cosas sombrías llenaban su mente, y otras la alumbraban como estrellas que lucen entre jirones en un cielo de borrasca. Reía como un loco, o sentía caer gotas de sus ojos, en rápidas alternativas; rugía de cólera, o susurraba un nombre con ternura; y de su carcajada imponente o de su llanto repentino, de su ira sin freno, de su ternura profunda, por serie de intensas emociones, no se daba el otra cuenta sino que tenía odio para todos dentro del pecho, y sólo un amor allí sublevado, hondo, entrañable, por una viva y por una muerta. Soledad y la Bruja se dividían la parte sana de su corazón «matrero»; un ansia indecible y una memoria triste, una moza ardiente y una momia helada. Perseguido, acosado, ultrajado, era poco para él incendiar y matar; no le enseñaron otras reglas, ni sospechaba que existieran. Tampoco creía que pudiera quererse a medias.

Tanto el odio como el amor debían ser grandes como el desierto. La luz que venía del cielo al valle en parejero con alas, no atravesaba soledades más inmensas que el anhelo del gaucho errante por ser amado.

Cuando este anhelo nacía, saltaba por encima de la sangre y de las llamas si también lo azuzaba el grito de la venganza. Este grito resonaba incesante y terrible bajo su cráneo. Al unísono, otra voz le decía bajo que tenía por delante la

soledad triste, por siempre, si no arrastraba otra alma con la suya aunque fuera para perderse como dos alúas confundidas en lo espeso de los bosques.

Reía y lloraba en su carrera fantástica teniendo de un lado la llama vivaz y del otro el monte lóbrego; y entre la luz denunciadora del delito y la fría oscuridad del misterio, su mente divagaba de la ilusión al recuerdo y de la Bruja a Soledad, uniendo lo ya muerto con lo palpitante, encadenando sus instintos para aumentar la potencia de su energía a modo de fuerzas contrarias que se atraen y refunden.

Luego las dudas, los miedos de niño en medio de la acción de gigante, los resabios de origen en presencia del drama final, acumulaban densas tinieblas en el espíritu de Pablo, que creía espantarlas mirando al fuego devorador con rechinamiento de dientes y estridor de espuelas.

El alazán volaba por el sendero con el hocico levantado y el ojo despavorido. Y cuando pasó los cascos casi encima de las llamas iluminándose hasta en su último detalle caballo y jinete, el centauro de fuego redobló sus rugidos. La carrera se convirtió en un vértigo.

Cruzó campos en medio de mil ecos estrepitosos, siempre vestido de rojo como los diablos de la leyenda; derivó por el barranco transformado en torrente de fuego; escaló la loma, arrojóse al sendero de las tunas, y rodeado de cenicientos vapores paróse delante de la troja. La hizo arder. Investigó en las sombras atento a los movimientos de los ranchos echado sobre el cuello del alazán; pudo percibir que el riograndense cargaba con Soledad, y bien seguro de que la fuga debía ser por el lado del barranco o a lo largo del monte hasta alcanzar el vado porque el maizal del fondo con su sábana de llama interrumpía la salida por el rumbo opuesto, u obligaría a un inmenso rodeo, Luna se volvió a toda rienda, atravesó el vallecito y luego el barranco que en determinado lugar permitía el acceso todavía.

Ya en el otro borde, estaba la soledad oscura, parte del monte y de la sierra.

El «gaucho-trova» desmontó allí, y maneó su caballo.

Sin pérdida de un momento corrió al sendero que ya estrechaba el fuego. La humaza venía empujada a esa zona; pero era al propio tiempo la claridad tan viva, que los bultos se alcanzaban a ver a regular distancia.

La aproximación de Pintos, fué pues notada por Pablo que acechaba su llegada con las boleadoras en la mano, en previsión de una vuelta-grupas.

Al salto desesperado de los toros sobre el barranco, Luna se echó a un lado; dejó pasar el torrente, escurrióse de nuevo en cuatro manos hasta el sendero en ese instante relleno con los cuerpos de los caídos, y, oyendo la voz herida de Soledad, contestó con otra intensa, furibunda, poniéndose de pie y brincando con la agilidad del tigre.

Se encontraba frente al sitio en que había peleado a brazo partido con los perros cimarrones, la noche fatídica en que éstos husmeaban las piltrafas de la bruja.

Viendo doblar los remos al caballo del fugitivo sobre los toros muertos, y al jinete derribar a un lado con férreo puño y brutal empuje el cuerpo de Soledad, el «gaucho-trova» dejó caer las boleadoras, desnudó la daga que lució con fulgor de sangre, saltó al barranco y asiendo a Pintos aterrado de las barbas lo apuñaleó sañudo en el ancho cuello.

Bañado por un chorro caliente que brotó como de un surtidor recio y espumeante, Pablo se puso el acero en la boca, y a dos manos sacudió y derrumbó al ganadero en el horno espantoso de las breñas.

El cuerpo macizo de Pintos cayó de cabeza en la cuenca hecha ascuas y en ellas se sepultó casi por entero, apartando las llamas un instante como al soplo de un fuelle; pero éstas pronto cerraron círculo, se agrandaron y confundieron en una sus lenguas, acogiendo al nuevo combustible con una salva de lúgubres crepitaciones.

Pablo Luna alzó a Soledad en sus dos brazos con indecible rapidez, trepó con codos y rodillas el repecho a semejanza de una fiera poderosa que arrastra su presa a la guarida, pisó firme el terreno libre, orgulloso, alto, vencedor, y expandió sus alientos contenidos, sus cóleras, sus odios, sus amores en un grito bronco, gutural y salvaje.

El alazán bufó espantado.

Un momento después, Luna con su carga, le hacía sentir la espuela dirigiéndose a una abra de la sierra.

Detrás dejaba un horizonte rojo y montes de pavesas; por delante se abría el desierto vestido a esa hora de luto y se alzaban como mudos gigantes las moles de los cerros.

Y cuando ya lejos de la densa humareda pudo ostentarse diáfano el cielo, alumbraron sus pálidas estrellas al jinete que a grupas llevaba la guitarra, — confidenta amada de sus dolores, y en brazos una hermosa —, último ensueño de su vida, adusto, altanero, hundiéndose por grados en los lugares selváticos como en una noche eterna de soledad y misterio.